

~~74-66~~

REV. C-44

Dupl

Diciembre de 1959

Año III

Núm. 4

DUPLICADO

BOLETIN
DE LA
ACADEMIA COSTARRICENSE
DE LA LENGUA



SAN JOSE, COSTA RICA

BOLETIN DE LA ACADEMIA COSTARRICENSE DE LA LENGUA

PUBLICACION SEMESTRAL

Suscripción a 4 números corrientes U. S. A. \$ 1.00

Precio de este cuaderno ₡ 2.00 \$ 0.30

(Franco de porte)

El precio de las suscripciones puede remitirse a la Administración del Boletín de la Academia Costarricense de la Lengua.—Sala España, Biblioteca Nacional—, San José, Costa Rica.

La Comisión Editora:

Sr. D. ARTURO AGÜERO CHAVES

Sr. D. HERNAN ZAMORA ELIZONDO

S U M A R I O :

	Pág.
INSTALACION DEL NUEVO ACADEMICO	
D. JOSE MARIN CAÑAS	3
DISCURSO DE INCORPORACION DEL NUEVO ACADEMICO D. JOSE MARIN CAÑAS	4
DISCURSO DEL ACADEMICO D. ABELARDO BONILLA BALDARES EN CONTESTACION AL ANTERIOR	12
PALABRAS PRONUNCIADAS POR EL SEÑOR EMBAJADOR DE ESPAÑA, D. EMILIO NUÑEZ DEL RIO	15
LENGUA DE HISPANIDAD	16
LA ACADEMIA COSTARRICENSE DE LA LENGUA EN EL COLEGIO SUPERIOR DE SEÑORITAS	
Discurso de la Profesora Zelmira Ortiz	19
Discurso del Académico D. Arturo Agüero Chaves	21
NECROLOGIA	27
DON VICTOR GUARDIA QUIROS	
Editorial de <i>Diario de Costa Rica</i> , escrito por el Académico D. Otilio Ulate Blanco y publicado el 3 del mes en curso	28
NUEVAS VOCES SANCIONADAS POR LA REAL ACADEMIA	30
APRECIO Y DEFENSA DEL LENGUAJE	
Maravillas de la lengua	39
Individuo y lenguaje	39
Lenguaje, Mundo y Personalidad	40
El hombre se posee en la medida que posee su lengua	42
NUEVAS NORMAS DE PROSODIA Y ORTOGRAFIA	44
Nuevo texto definitivo	

BOLETIN DE LA ACADEMIA COSTARRICENSE
DE LA LENGUA



D. Victor Guardia Quirós

Electo Académico el 14 de enero de 1938.

Recibido el 29 de octubre de 1951.

Correspondiente de la Real Academia Española
el 13 de octubre de 1955.

Director de la Academia Costarricense
del 26 de junio de 1952
al 2 de noviembre de 1959.

ACTUALES ACADEMICOS DE NUMERO
DE LA ACADEMIA COSTARRICENSE DE LA LENGUA

- Sr. D. Hernán G. Peralta - *Director*
- Sr. D. Juan Trejos Quirós - *Secretario*
- Sr. D. Luis Demetrio Tinoco - *Tesorero*
- Sr. D. Otilio Ulate
- Sr. D. Moisés Vincenzi
- Sr. D. Julián Marchena
- Sr. D. Samuel Arguedas
- Sr. D. Carlos Orozco Castro
- Sr. D. Luis Felipe González
- Sr. D. Alejandro Aguilar Machado
- Sr. D. Enrique Macaya Lahmann
- Sr. D. Abelardo Bonilla
- Sr. D. Arturo Agüero
- Sr. D. Hernán Zamora Elizondo
- Sr. D. José Marín Cañas
- Sr. D. Rodrigo Facio Brenes - *electo*
- Sr. D. José María Arce Bartolini - *electo*

Boletín de la Academia Costarricense de la Lengua

Año III

Diciembre de 1959.

Nº 4

Instalación del Nuevo Académico D. José Marín Cañas

El 15 de octubre tomó posesión de su silla académica el señor D. José Marín Cañas en pública sesión a ello destinada exclusivamente. Constituyó este acto un solemne y brillante acontecimiento cultural, enaltecido con la asistencia del señor Presidente de la República, D. Mario Echandi Jiménez; la del señor Expresidente de nuestro país, D. Otilio Ulate Blanco; la del señor Embajador de España, D. Emilio Núñez del Río; la del señor Secretario de la misma Embajada, D. Amaro González de Mesa; y la de un selecto auditorio.

Este Boletín recoge los tres discursos que se pronunciaron aquella noche: el de incorporación, el de contestación y el del señor Embajador de España.



El académico D. José Marín Cañas leyendo su brillante discurso de incorporación. Aparecen en esta fotografía el Sr. Presidente de la República D. Mario Echandi, el Sr. Embajador de España D. Emilio Núñez del Río y el Sr. D. Otilio Ulate, expresidente de la República y Académico de la Lengua.

Discurso de incorporación del nuevo académico D. José Marín Cañas

Señor Presidente de la República,
Señor Embajador de España,
Señores Académicos,
Señoras y Señores:

Con repajolerísima gracia que a mí maldita la que me hacía, aquel batallador y travieso periodista don Antonio Zelaya Castillo, decía una sentencia al tenor de lo que sigue: “Marín Cañas, es para mí un maestro, porque escribe como no debe escribirse”.

Y esto, que a primera vista es para sacar de sus casillas a cualquier hijo de vecino, bien pronto, de tanto repetírmelo, llegó a ser el enunciado del teorema de este difícil “hacer” de escribir. Y yo me preguntaba para mí: “Si así es como no debe escribirse, ¿en dónde está el meollo de esa esotérica ciencia que tan de cabeza nos trae a todos?”

Lo que me atormentó de joven, sigo sin resolverlo de viejo. y miren Uds. por dónde vengo a declarar, para que quede bien claro y no haya lugar a posibles dudas, que he llegado a la conclusión de que el escribir, por ser un arte y no una ciencia, no tiene asidero fijo, ni le he podido encontrar norma precisa, ni fórmula, ni modelo. ni horma de zapato, ni regla alguna para aconsejar a alguien. si alguien me lo preguntara. Y que sólo he aprendido en mis pobres segundas letras que lo sencillo y austero, lo escueto y directo tiene, en su propia limpidez, la belleza pura más perenne y duradera. Y fuera de esto. fuera de este principio clásico y español—y más tratándose de lo barroco—no sé ni a qué atenerme ni en cuál alero ponerme a cobijo.

Para los que nacimos y posiblemente moriremos en América. el arte de escribir ha tenido doble dificultad y duda. Si miramos para atrás, hemos de encontrar un fenómeno insoslayable, que es, en el fondo, lo primero que nos detiene y comienza por confundirnos.

El escritor de América es impulsado por dos fuerzas: “el hacer” de los antepasados y el furor del paisaje que lo rodea. Es curiosa esta contraposición, y ella ayuda más que nada a que la mente se extravíe y no sepa uno, a última hora, por cuál camino ha de coger y a dónde ha de ir a parar.

Ocurrió, que al emanciparse la América Hispana de la ubre madre, por rebeldía volvió sus ojos a lo que los entusiastas llaman la Francia Inmortal, cuna al parecer de muchas cosas sabias, y fue

tal el entusiasmo que les despertaba el sentirse libres de la dominación que, como niños que han hecho rabona, dieron cuatro zapatetas al aire y comenzó el tener como oro puro lo que veían y como brillante y pulido lo que oían. De Francia, pues, recibimos la primera impresión, y en ello no hay que culpar a nadie, porque este fenómeno de mimetismo se produjo también en España misma, cuando el habla de la Corte comenzó a entrarse en el pueblo, y vinieron, con los airecillos del Renacimiento, lo pulido y poético de lo itálico que atravesaba el mar y los picos pirenaicos.

Nos dio, pues, por hacerlo todo “a lo francés”, como si con ello afianzáramos nuestra propia libertad de acción, y así bien pronto aparecieron cuentistas a lo Maupassant, novelistas a lo Hugo y no tardaron en llamar la atención del público lector *Aura*, *Amalia*, y *María*, que eran tres señoras distintas y una sola *Dama de las Camelias* verdadera.

Comenzó nuestro “escribir”, a mi torpe manera de ver, con un conflicto: pulida y orfébrica forma, frente a un paisaje hosco, bárbaro y de proporciones desmesuradas.

Siempre he creído que cada pueblo habla como vive, y vive como sobrevive. Esto, que más parece un calambur, tiene su explicación y a ella voy.

El italiano, con limpios cielos, tierras ricas, mares transparentes, tendrá que ser imaginativo y poético. Todo invita a que la dinámica lírica luzca bajo los dones maravillosos de su tierra. El inglés hablará con la voz engolada por el frío de la niebla y pensando en la gloria de Sir Horacio Nelson. Las campiñas escocesa y gallega invitarán al buen *whisky* y a la buena sidra, al humor regocijado, al sano esparcimiento del espíritu, porque las praderas verdes, las ubres gordas y las pieles lustrosas prestan al ánimo de la gente la paz misma de los campos y el calorillo de los soles en las bardas florecidas. Y el francés será melífluo e insinuante, gangoso y enamorado de la pedrería, porque siempre estará recordando las glorias del Imperio, las águilas mudas hoy de un ayer de rococó, hastiado un poco de su propia inteligencia y un poco también de su propia cultura. Pero el castellano hablará siempre con austeridad y ponderación, con amargura y tristeza, sin melancolía de glorias pasadas ni esperanza de futuras. El castellano hablará como su tierra: seca, parda, ruda. No habrá en el castellano ni pedrerías de encanto, ni florilegios renacentistas, ni humor de gozo campesino. El castellano es un idioma en que se ha llorado por siglos, y su acento inconfundible no se pierde con el tiempo ni se deja en las zarzas del camino.

Es, pues, un “hablar”, para cosas grandes y austeras, y no para fiestas y florilegios, pasamanería de hilo, ni lino ni seda. Es idioma de hermosa trama y rico colorido, pero fabricado como esta-

meña ruda y sirve por lo tanto para cincelar en palabras todo aquello que tenga un hondo sentido, una profunda dimensión, un conmesurable pero gigantesco tamaño. Es el hablar de los momentos patéticos. En español habló don Quijote, que fue el primero que dijo de la Tristeza y de la Pobreza, y en español se gritó Tierra, que es decir se bautizó un mundo.

El tomar a Francia como tipo modélico de nuestras estructuras literarias y de nuestra forma de construir la expresión novelística y aun en general la literaria, fue un error que nos tuvo mucho tiempo en desasosiego y sin encontrar luz y camino por donde ir con paso firme y hacia metas seguras. ¿Cómo podíamos acomodar esta forma de salón, pulida por la cortesanía, con el espectáculo bárbaro y en bruto que teníamos delante?

Ha sido preciso que América descubra a España, en un viaje inverso, que ame a Santa Teresa y se adentre en el Quijote y en Quevedo y Baltazar Gracian, y en Fígaro y Ganivet y don Benito (Lope y don Luis de Góngora son la excepción que confirma la regla), y ya sean nuestros los del 98, para que aprendamos en Unamuno, en Baroja, en Ortega y Azorín, la sencillez como calidad insigne, la llaneza, como expresión suprema de una raza por lo que no habla el espíritu sino el dolor; para que vengamos a caer, que con el barro que tenemos en la mano, más nos saldrán las cosas limpias, rudas y directas, que rodeadas de merengue y floristería.

Y tengo para mí que cuando, y sólo cuando América entendió esa forma sencilla y limpia de pensar y sentir, fue cuando el escritor de esta América Hispánica pudo trasladar al papel el conflicto de su continente. El español fue en su mano el barro maleable, dúctil, listo a acomodarse a la descripción de lo gigantesco del paisaje, de lo rudo del drama, de lo patético del lar.

Cada artista debe usar, para el tema que aborda, el material que le sirve. Los adagios de Beethoven están en tonos menores y los cuadros del griego tienen tintes oscuros y extraños. El color y el tono adquieren, en la mano del hombre de genio, el matiz que requiere la obra. Así el escritor, según hable, debe escoger en qué habla: el diplomático hablará en francés y el comerciante en inglés, y el español será para encomendarse a Dios, para bautizar mundos, para llorar derrotas y para hacer cristianos.

Y si para eso sirve, que es, en realidad, lo patético de la vida, servirá para decirnos cómo se fue, lomazo arriba, "como quien se desangra", la figura aquíjotada de don Segundo Sombra. Y Cova podrá llenar de luz las páginas de un libro, porque el conflicto del hombre y la selva tendrán el mensaje patético fácilmente concretable en la voz española, que ha sido hecha al través de siglos de conflictos.

Cada pueblo habla como vive, y vive como logra sobrevivir en

la lucha vital. América tenía que hablar como habla Castilla, porque América es el conflicto inverso. Castilla es lo yermo y lo estoico. América, es lo hipertrófico y lo abundante. La sequera española, es aquí el "agualotal". Lo precario de la viña, aquí es la monstruosidad selvática. Pero ambos extremos son iguales, porque el hombre es víctima en ambos de las fuerzas inexorables de una naturaleza hostil. Las mismas palabras, el mismo dejo, el mismo llanto han de ser para unos y para otros. Y el español, hecho de rabiosos silencios, de gritos de angustia, de llantos milenarios, es, ¡por fin!, la parla digna del escenario bárbaro.

Toda la literatura de este período de postindependencia, hasta la reconciliación, está dominado por una figura máxima: Darío. Pero Darío no es un escritor de América, sino un escritor del mundo. Darío no es americano ni español. Es un orfebre que adquiere una católica categoría de artista, a la manera francesa, aunque hable español. Y si esa manera, en lo poético, admite la forma modélica francesa, en prosa se resquebraja y se hace anémica. El "Azul" de Darío no ha de llegar muy lejos por el peso excesivo de su orfebrería, que es decir de su barroquismo.

El siglo XX trajo, con la novela moderna de América, un nuevo aliento. Ni Güiraldes, ni Rivera, ni Guzmán, ni Céspedes, ni Gallegos hablarán a lo Dumas, sino a lo bárbaro, y su acento lo entenderemos mejor porque están midiendo la magnitud conmesurable del paisaje americano con el módulo apropiado.

Nada más impresionante que observar este reencontrarse, volviéndose sobre sí mismo y retornando a percatarse de su origen.

Por fin, no hubo que buscar afuera, sino dentro de nosotros mismos. Detener esa ansia hacia no se sabe qué sitios, cuando todo lo teníamos en el corazón metido. Darse al fin cuenta, de que lo que parecía una fuente misteriosa, estaba a la puerta misma de nosotros, en la palma de la mano, y lo habíamos aprendido del pecho de la propia madre.

Concretándonos a este país, registra nuestra crónica literaria casos de asentamiento tan espectaculares como el de un maestro de maestros, don Ricardo Fernández Guardia, venido de Europa muy joven, con mentalidad francesa. El joven Fernández Guardia aprende el español y lo ama con tal fuerza y pone tal pasión en su amor, que tras de sus primeros escauceos literarios de molde francés, da a la luz sus *Cuentos Ticos*, en los que el enfoque, la parla y el sentido son perfectos, porque está hablando el idioma que se amoldará al conflicto descrito.

Ricardo Jiménez y Cleto González Víquez, que en lo literario producirán pequeñas obras de bisutería, en lo humano, en lo político,

Boletín de la Academia Costarricense de la Lengua

en lo vital, darán a la luz páginas limpias, sanas y vigorosas, escritas en un español hondo, directo, despojado de todo artificio.

Y así, por fin, llegan los verdaderos que van a hablar con el sabor nuestro, tales como Magón y Aquileo, Víquez, Jiménez Oreamuno, Mario Sancho, Joaquín Vargas Coto, Mario Alberto Jiménez, Abelardo Bonilla, Fallas, Ulloa Zamora, Dobles Segreda, Moisés Vincenzi, Fabián Dobles etc.

Acabo de pronunciar las 17 letras de un nombre que detiene mi paso. El de Joaquín Vargas Coto he de decirlo siempre, desde que fuimos a enterrarlo, con la unción con que se cristalizan en el transcurso de los años, y conforme vamos declinando, aquellos recuerdos gratos, piadosas manos, samaritana limosna, que gentes caritativas tendieron a nuestro paso.

A mí no me tentaron por igual la gloria literaria y la guerrera, como al florentino autor de las *Sonatas*, pero sí se me clavó de niño una frase en la mitad del corazón: la había escrito un noble joven que velaba sus armas para defender a España: don Hernán G. Peralta. Y decía la frase, leída en un pequeño libro que mi padre guardaba celosamente en su biblioteca, entre la *Electra* de Galdós y los *5 años de mi vida* del Capitán Dreyfus, apasionantes primeras lecturas de mi niñez: “esa nación que, depuestos los bélicos arreos y envuelta en el manto de los griegos, guarda los tesoros de la civilización del mundo”.

Han pasado casi 50 años de esto, y aún la recuerdo porque guardada la tuve en la mitad de mis pobres y pequeñas cosas de valor. Aquel día sentí por primera vez el deseo de escribir.

Una honda emoción me llenó como una tinaja bajo el poderoso chorro que la inunda. La redondez, la belleza, el clamor y lo estoico de la frase me prendieron en el alma una desatentada ambición de poder hacerlo, sin saber—era un niño—que tan elevada misión solamente está reservada a quienes logran mirar a Dios de cerca.

Desde entonces comencé a romper papeles, y no rompí todos los que debiera, viendo la luz muchos por cuya desaparición daría yo la mano derecha. Pero un día una voz humana tuvo una frase de aliento. Era la primera que mis oídos oían y creo que fue la última por mucho tiempo: Joaquín Vargas Coto me alentaba y me sonreía. Era todo cuánto él podía hacer, en lo humano y en lo literario. Lo conocí desde ese plano inclinado, y hacia lo gigantesco, conque las cosas las ve un joven derrotado.

Al conocerlo tuve la impresión primera que conservé hasta la impresión última: su sonrisa. He aquí un hombre que era una sonrisa humana, una sonrisa maliciosa, llena de bondad y picardía; una sonrisa, siempre, sobre todas las cosas, amarga y alegre, triste y pícara, refrescante y contagiosa, satírica y piadosa. Si la cara es el espejo del alma, como reza el refranero popular, la sonrisa es la lámpara del

rostro. Con ella, Vargas Coto iluminaba su decir agudo, la amenidad de su charla, la frondosa generosidad de su espíritu, la varonía de su trabajo, la hombridad de su vida.

Le ví una vez bajo el palio ensombrecedor de una desgracia; la muerte le hirió de cerca, y ahora se sonreía lejana y melancólicamente, y pareciera que al sonreír estaba rezando por el hijo que un mortero le había quitado.

Vargas Coto es, a mi entender, el más genuino caso de encontramiento, valga el llamar así a este fenómeno que apuntaba antes.

Allá por la década del 20 al 30, Don Joaquín era un cronista de temas triviales. América bebía en la fuente de Darío, y los poetas amontonaban, como ahora lo hacen con las lunas luneras de Lorca, las perlas, elefantes, palacios y cisnes del poeta grande.

Señoreaba Gómez Carrillo desde París con una crónica trivial, y contagiaba por la deslumbrante pedrería de sus prosas afrancesadas. Aquel "Húsar Blanco" era el deleite del comentario, y el joven y noble periodista se daba tal maña, que sabían a gloria sus finas prosas sobre temas de mundano sabor.

Apasionado de España, de una España a lo Merimeé, jugaba con gracia sobre los temas, y todos lo leíamos con ese ardiente regocijo que producen la pasión, el encandilamiento y la lírica sobre el lector asombrado.

Esta fue su primera gloria, pero no su verdadera personalidad. Joaquín Vargas Coto fue, más que en ningún otro "hacer", un periodista de labor diaria, de pluma obligada. El periodismo es superficie y la novela es volumen. El periódico se hace con dos dimensiones. La tercera, la profundidad, transforma el periodismo en literatura novelística. El periodista dibuja; el novelista, esculpe. Si transformamos una novela en una nota periodística, el suceso cambia su estructura y su contenido y su mensaje. *La hora veinticinco* es un cable de la United Press. *Buenos días, Tristeza*, es un suceso de la página de accidentes automovilísticos. *Los 3 mosqueteros* mismos, con toda y la tela que hay que cortar para leerlos, no pasa de ser un alboroto de barrio, y unos tes de canasta de gente empingorotada. La nota de periódico es el climax humano reducido a la tarifa telegráfica.

Joaquín Vargas Coto, sin embargo, fue un periodista que logró alcanzar la tercera dimensión en su trabajo. Tuvo tal acierto y tal brillantez en la interpretación y exégesis del pensamiento de nuestros políticos, que al escribir él, parecía que el hombre hablaba. En los periódicos quedaron regados cientos de muestras de esta extraña y difícil habilidad: No parecían sus reportajes escritos por interpósita mano, sino que en ellos palpitaba el pensamiento vigente, actual y vivo del hombre que estaba tras el papel. Joaquín Vargas Coto hizo, en esto, uno de los trabajos más acabados que se han hecho en el país.

y a su pluma prodigiosamente generosa se deben páginas que resolvieron angustias y congojas patrias. Dióse, pues, en su "forma" y "maña", tal grado de pulidez y vitalidad, que logró hacer del periódico no la frase plana de dos dimensiones, sino el concepto humano, real, en el que se palpaba el volumen de un pensamiento presente, directo y vivo. Esta fue su segunda gloria, pero no su última.

La que le da personería permanente y lo instala entre los grandes cultivadores de nuestras letras patrias, fueron, a la par de sus sólidas crónicas españolas, ya de una España auténtica y desnuda, la creación criolla, pícara y burlista, llena de una sabiduría honda hasta el corazón, de aquel sabroso don Camilo Galagarza que al igual o parecido del otro Don Camilo de Guareschi, iba a resumir todo el pensamiento de un criollo ante los problemas que agitan a la patria. No es este Don Camilo nuestro un hombre de acción, como lo fue el asotanado que ha de luchar contra las ideas materialista y marxista, sino el buen viejo seglar, de pensamiento hondo y de ideal alto, de pelo en el bigote para afianzar la palabra empeñada, de jacón flaco en la corraliza, de patio sombreado con marañones y almendros que han de florecer en abril, sabedor de polvos pamperos cuando marzo tuesta los bajíos y pajonales y sólo se conserva verde el "sitio" en donde han de pastar las jibas de las "maizolas" habilitadas, recordador de serenatas con pasillos y conocedor de los guanacastes para sestear. Es, pues, el mitológico jinete de la pampa, enriquecido y envejecido, que conoció a los políticos, desde el bagaceño de Guardia hasta el candidato a síndico de la capital provinciana. En Don Camilo, el Don Camilo nuestro, hay una honda sabiduría tica, un sabor cazurro y divertido, mitad de experiencia y mitad de fantasía, que también le viene lo imaginero de la gente del norte, porque se asegura que más arriba, el Nicarao, cuando señoreaba, tuvo que vérselas con andaluces de mente rápida y decir gracioso.

Don Camilo conoce la ciencia de la vida, que es la única ciencia que no se modifica, y más conoce la ciencia de la política, que en nuestra patria es la ciencia de la vida. Y a todo problema le aplica el decir de Dios, que lo oyó del pueblo y lo aprendió en los sesteos y arreos, entre tratos de ganado y requiebros a mozas. Joaquín Vargas Coto alentó este personaje legendario y nacional con tal vigor y grajeo, con tal donaire y sabrosura, que llegó a ser, vivo, palpitante, permanente, una institución nacional.

Regadas quedaron en las ediciones diarias aquellas limpias páginas de tan honda emoción costarricense, y yo pido, en nombre de todos los que amamos su prosa fácil, su gracia y su ágil pensamiento, que en no lejano día formen tales cartas del paisano guanacasteco un volumen que brille con luz propia en los escaparates de las librerías, para

conocimiento de las generaciones futuras, para solaz de las presentes y para ejemplo de los escritores venidores.

Costa Rica, y por Costa Rica, la Academia Costarricense de la Lengua y la Universidad, débenle al insigne maestro de periodistas un homenaje concreto y reverente. Si Dios me ayuda he de decirlo cuantas veces me venga de ocasión la cosa. Y sólo me sentiré tranquilo cuando, bajo la dirección de esta alta y escogida Asamblea, y con el respaldo del periódico en el que el maestro trabajó, se haga una realidad este libro concretador del pensamiento y habilidad de uno de nuestros más ágiles y caracterizados hombres de pluma que amó mucho, trabajó mucho y empobreció mucho, como artista, como honrado y como castizo.

Voy a sentarme, señores, en el mismo sillón que tuvo la prez y gloria de albergar los intelectos de Roberto Brenes Mesén y Joaquín Vargas Coto, sólo y únicamente por la gentileza con la que trata a mi desmedrada persona la bondad de este Cuerpo que es honra de los campos literarios en esta patria nuestra.

Así como don Alonso Quijano dijo que nunca se vio de señoras mejor servido, he de decir que nunca se vio ente más pobre y falto de bagaje que el que habla ante tan descomunal batalla. Atemorizado y con un hatillo pobre al hombro, me acerco hasta la docta Asamblea que me escucha, con el mismo fervor conque el fiel hinca la rodilla y pone el alma contrita en penitencia. Pido a los pobres fantasmas de mis escuálidos libros—aquéllos que la imaginación de mis años de joven iluso alentó en las páginas de libros olvidados en los anaqueles de las librerías—, Rodríguez y Escarrú, Zavala y Nitsuga, Don Pedro y Don Goyo, que me escolten y guarden para el menester que me aguarda, excesivo para mis fuerzas. Y como buen cristiano, al entrar en la Academia Costarricense de la Lengua, que para mí tiene el simbolismo de un templo, porque representa el más alto sitio y la más ambicionada meta que puede vislumbrarse y desearse en este paisaje sin metas de nuestra época moderna, hago lo que hace el contristado piadoso feligrés de la ermita: me persigno con la señal de la cruz

en el nombre de CRISTO,
de don QUIJOTE
y de mi PADRE.
AMEN.

Discurso del Académico D. Abelardo Bonilla Baldares en contestación al anterior

Sr. Presidente de la República,
Sr. Embajador de España,
Señoras y Señores:

Aun cuando don José Marín Cañas no hubiese publicado ninguna obra literaria, bastaría el magnífico discurso que acabamos de oír para justificar plenamente y para considerar acertadísima la elección que hizo la Academia al designarlo unánimemente su miembro de número, para ocupar la silla que quedó vacante con la muerte de nuestro recordado compañero don Joaquín Vargas Coto. Y no es este un elogio que obedece a la amistad o a razones puramente ceremoniales. Vibra todavía el eco de las últimas palabras del nuevo académico y vibra todavía entre nosotros el temblor de emoción que él le dio a todo su discurso y, especialmente, al juicio que hizo de su antecesor. Bien sabéis, entonces, que en la afirmación hecha hay verdad y sinceridad.

Marín Cañas ha guardado y renovado la tradición de la Real Academia Española de la Lengua y de sus correspondientes hispanoamericanas, al recordar con afecto y al exaltar con conocimiento, profundidad y justicia la obra literaria de Joaquín Vargas Coto. Pero a ese conocimiento ha añadido la originalidad, porque ha llegado a la personalidad de su antecesor, no directamente, sino después de un brillante prólogo en el cual nos ha dado toda una teoría sobre la esencia de nuestra cultura indoespañola. No es esta la oportunidad de comentarla, labor que requeriría mucho esfuerzo dialéctico y no pocos documentos. La señalo, sencillamente, pero no resisto a la tentación de consignar algunas breves observaciones, en apoyo de las ideas expuestas por Marín Cañas.

Hubo, en efecto, un período de afrancesamiento en la literatura y en el pensamiento americanos, durante el siglo pasado: pero en el pueblo, en el habla popular, no se perdieron nunca las raíces ni los frutos españoles, y esta circunstancia fue la que hizo posible el nacimiento de una literatura netamente americana, que no es otra cosa que el resurgimiento en nuestras tierras del realismo español. Pero cabe preguntar: ¿hasta dónde fue alejamiento de España y acercamiento a Francia la tonalidad media de la literatura de América durante el siglo pasado, como lo señala Marín Cañas? Don Miguel de Unamuno dedicó varios ensayos a demostrar que el regionalismo lingüístico en nuestros países y la gran mayoría de sus voces y giros, que suponemos inventados en estas tierras, son neta y legítimamente castellanos. Y del ensayo titulado *De cepa criolla* tomo estas palabras:

Boletín de la Academia Costarricense de la Lengua

“Los movimientos han sido sincrónicos en España y en la América española. Cuando aquí se quintanizaba se quintanizaba allí; cuando Larra hacía aquí furor, Alberdi lo imitaba en la Argentina; Núñez de Arce reinó algún tiempo en uno y otro hemisferio. Y más recientemente la influencia de Rubén Darío no ha sido aquí menor que allende el Océano. El mismo afrancesamiento de las letras americanas—mucho menor y mucho más superficial de lo que se cree comúnmente—ha sido un afrancesamiento mediato, a través de traducciones y de imitaciones españolas”.

Ya veis, señores, que habría mucha tela que cortar en torno a la teoría de Marín Cañas y que, sin analizarla a fondo, es posible afirmar su brillante concepción y la conveniencia de que se estudie con el tiempo y la amplitud que merece.

Nuestro compañero nos dice que Costa Rica debe un homenaje a la memoria de don Joaquín Vargas Coto y nos deja una sugestión, en cuya realidad está dispuesto a trabajar: la de que se editen en un tomo las crónicas epistolares de Camilo Galagarza, la obra más genuinamente costarricense de su ilustre antecesor. Pienso que la Academia debe responder a tan gentil y justa iniciativa y aprovecharla para iniciar una obra de mayor dinamismo y eficacia que la realizada hasta hoy. La lengua es vida, “sangre del espíritu” como la llamó el gran vasco castellano, y es indispensable también infundirle vida y espíritu a la Academia.

Desde hace muchos años ha sido tópico vulgar el expresar desdén y aun sarcasmo por la Academia sin conocer su actual espíritu e ignorando su fértil y brillante historia. Porque el origen de la institución a la cual tenemos el honor de pertenecer, no está en el acto oficial con que Felipe V consagró en 1714 la iniciativa del Marqués de Villena. Su verdadero origen está en el Siglo de Oro y en aquellas agrupaciones que se llamaron Academia de los Nocturnos y Academia Selvagia, que en escala todavía no estudiada pero indudable, contribuyeron a la riquísima cosecha literaria de aquel extraordinario período. Las Academias, como las Universidades, pueden tener y tienen todos los defectos de lo humano, pero son un triunfo de la inteligencia, del estilo y del orden; es decir, un triunfo del espíritu. Es verdad que han sufrido eclipses y han llegado a perder los pulsos, pero su espíritu—como el de la literatura hispanoamericana—se ha mantenido a través de todos los cambios y vicisitudes, porque, siendo una valla contra la anarquía y contra estrechos localismos nacionalistas, simboliza el espíritu de la lengua, el más fuerte y vital en el hombre y en las sociedades, puesto que es el don racional y divino por excelencia.

Pero no es ésta tampoco la oportunidad de extenderme sobre la sugestión de Marín Cañas y debo poner término a esta respuesta. Quie-

ro hacerlo revelando un secreto y proponiendo a mi vez algo al nuevo compañero, en nombre de la Academia. José Marín Cañas tuvo una época de extraordinaria actividad literaria, alrededor de 1940, fecha de excepcional fertilidad en nuestras letras. De entonces datan muchas obras suyas en el fondo de la novela, del teatro, de la crónica y del ensayo, entre ellas dos que son obras maestras y que pueden situarse al lado de las mejores novelas que se hayan escrito en lengua española, en nuestro tiempo: *El infierno verde* y *Pedro Arnáez*. Luego, y por causas que ignoramos, entró en la ruta del silencio, con raras e insignificantes excepciones. Cuando propusimos su nombre para integrar la Academia, tuvimos en mente, desde luego, un acto de justicia y reconocimiento al gran escritor, pero nos movió también—y es este el secreto—la esperanza de que la elección actuara como estímulo, algo así como un alcaloide, que le comunicara el fuego sagrado y lo moviera a regresar a la tierra de las bellas letras. Verdad es que entre nosotros, como en muchas otras partes, esta tierra está cada día más cerca de merecer la calificación de las palabras latinas. *In partibus infidelium*, y que aun sospechamos que fueran los infieles quienes obligaron a Marín Cañas a buscar el retiro y el descanso. No es menos verdad, sin embargo, que a temples como el suyo no puede satisfacerles esa solución y que a la quietud mediocre preferirán siempre el arduo tránsito por las rutas intensas y difíciles de la belleza.

Y esto me lleva a la proposición, con la que pongo punto final a esta respuesta, que resumo en muy pocas palabras: sed fiel a vuestra vocación de escritor. Terminasteis vuestro discurso invocando, después del nombre de Dios y del de vuestro padre, el de Don Quijote. Yo invoco también el recuerdo de Alonso Quijano y espero—como lo esperamos todos—que muy pronto podamos decir lo contrario de lo que el inmortal manchego dijo al recuperar la razón, ya cerca de la muerte: “A los nidos de antaño han vuelto los pájaros hogaño”.

He dicho, señores.

Palabras pronunciadas por el señor Embajador de España, D. Emilio Núñez del Río

Señor Presidente de la República, Señor Presidente de esta docta Corporación, Señor Marín Cañas:

Debo en primer lugar expresaros la impresión de una agradable sorpresa al verme en este lugar tan amablemente invitado por esta docta Corporación.

Esto quiere decir que no estoy en condiciones de poder dirigiros una oración que pueda competir con los inspirados términos con que se han expresado los señores Marín Cañas y Bonilla. Por lo tanto he de limitarme modestamente a expresaros mi mayor agradecimiento por esta invitación que me permite expresar públicamente mi admiración y mi reconocimiento, en mi carácter de español y representante de España, por los términos realmente calurosos y emocionantes con los que el señor Marín Cañas se ha referido a España y a nuestro común idioma; así como al Sr. Bonilla por su acertada e inspirada respuesta, llena también del más puro afecto a España.

Deseo recoger también las ideas que el Sr. Marín Cañas ha expresado con respecto al gran periodista costarricense Don Joaquín Vargas Coto y quiero afirmar que con todo cariño y entusiasmo me sumaré al homenaje que propone en recuerdo del que fue un gran escritor y un amigo entrañable y entusiasta de España. Yo, que le conocí y le aprecié en vida, me adhiero con entusiasmo a esa idea en mi carácter particular y en representación de la España que tanto amó el Sr. Vargas Coto.

Muchas gracias

Lengua de Hispanidad

Por Arturo Agüero Chaves

Regresemos hoy, 12 de octubre, de un salto, a uno de los estadios de nuestra Historia, decisivo punto de partida, que sin duda en el regreso atento veremos elementos fundamentales de nuestra vigorosa hispanidad. ¡Suele haber cuántas cosas vividas entrañablemente que se olvidan, y cuántas otras que hasta se han querido necia y vanamente olvidar! Vanamente, sí; porque aun olvidadas al cabo, sin embargo permanecen latentes en la memoria firme de la subconsciencia. ¡Cuántas, cuántas cosas esenciales apenas dormidas en la entraña calurosa del corazón!

Regresemos, que repasando el camino tal vez con más firme seguridad y sin falaces velos sepamos de dónde procedemos—en buena parte—qué somos y a dónde nos debemos encaminar.

De un salto caigamos, once siglos atrás, en aquella humilde y estrecha comarca de montes empinados, valles indecisos, hondas quebradas y ribereñas tierras feraces. Ya estamos aquí, en “Castella”, región de los “castillos”, donde tiene su cuna el idioma de la Reconquista y luego conquistador de vastísimos, nuevos mundos. Escuchemos complacidos los primeros balbucesos de nuestra lengua.

De Córdoba parten, año con año, las mesnadas morunas que se detienen y diezman frente a los recios montañeces. Avanzan estos, palmo a palmo, ahora más allá de sus baluartes. Hay que conquistar las tierras que otrora fueron de los mayores. Los cántabros por un lado, y los vascones por otro, avanzan hacia el sur para congregarse ambas huestes en un punto. Se van repoblando las tierras y se cultivan, en tanto que los repobladores se defienden. Son necesarios denuedo, constancia y sacrificio para defender lo reconquistado y seguir la reconquista de lo perdido un siglo antes. Gesta de hombres arrojados, tenaces y de aventura. Dios y Patria puede ser el emblema de su bandera triunfal, agitada por los señuelos de bienestar y progreso.

Es ahora el siglo IX. Está seguro ya el pequeño condado:

Entonces era Castilla un pequeño rincón,
era de castellanos Montes de Oca mojón . . .

Boletín de la Academia Costarricense de la Lengua

Pero los moros conservan a Carazo “en aquella sazón”, la que abandonan pronto al empuje del recio castellano. La lucha continúa, y en 912 queda firme la recuperación del viejo solar y firmada con la sangre de todos la escritura de propiedad.

Estos rudos agricultores y tenaces guerreros gestan en el rigor de las faenas agrícolas y el fragor de las contiendas la lengua que, austera y ruda también, será la del imperio más vasto y famoso, en el cual, según se dirá, nunca se ha de poner el sol. Vigorosa lengua de conquista con el arma y el alma; como la del Lacio, de donde procede, también de rudos agricultores y guerreros. Lengua rústica, tosca, hueraña y altiva como quienes la elaboraron.

Ahora estamos en el siglo XI. Castilla es ya un reino y se inicia en la cortesanía. Se cantan sus hazañas en el aún rudo castellano, idioma que poco a poco se ablandará, sin que por ello pierda su reciedumbre y austeridad. Es ya una lengua poderosa. Con Fernando III y Alfonso X sustituye al latín como lengua oficial. Habíanse cantado las hazañas de los héroes nacionales en cantares de gesta, original delicia poética en labios de juglares, y ahora se ha comenzado a escribir la prosa, tan excelente y con tantas originalidades como la del Infante Don Juan Manuel. Y su evolución continúa, acogida y seleccionada por los poetas y prosistas. Narra Berceo, con candorosa ingenuidad, los milagros de María y la vida de algunos santos, en alejandrinos monorrimos como las aguas fluviales de Castilla; en el siglo XIV Juan Ruiz nos asombra y divierte con su gracia picaresca y crítica valiente, invitándonos al “buen amor”; en el XV, las frescas y gratas serranillas del Marqués de Santillana, el gran señor de la guerra en la guerra y de la paz en la Corte, nos encantan; y Jorge Manrique nos hace reflexionar con solemne acento sobre cosas tan graves como son lo vano de la vida y la naturalidad de la muerte.

Ha originado ya la lengua sus excelentes, lozanos frutos de arte. Nos hallamos en las postrimerías del siglo XV y se insinúan las auras y claras del Renacimiento español. Aquel castellano duro, en varios aspectos apartadizo, disidente de otras formas neolatinas peninsulares, se halla en punto de arte y en trance de fijación. Ha llegado a ser un idóneo instrumento y material artístico al mismo tiempo, y vehículo de cultura. Está como predestinado a ser idioma del Renacimiento para que se oyeran los ecos de la cultura grecolatina, cuyas vetas de agua vital se habían prolongado soterráneamente, y pregonara en ella sus mensajes el Humanismo: pronto escucharemos al terso, dulce y tierno Garcilaso.

Nebrija advierte y nos advierte que ya está “nuestra lengua tanto en la cumbre, que más puede temer el descendimiento de ella que esperar la subida”. Trata por esta razón de fijarla con su “Gramática”, pensando con profético acierto que “siempre la lengua fue compañera

del Imperio". Y esto será en breve tiempo: arma y alma de expansión imperial. Es el año de 1492, fecundo y trascendental.

En tal estado, temerariamente hazañosa y aventurera, la lengua de Castilla surca los mares para decir al cabo en boca de Triana el nombre de algo soñado y presentido: "¡Tierra!" Echó sus anclas entonces en la Española para desparramarse luego y sin reposo, con los sucesivos emigrantes de la Península, en la más asombrosa y temeraria empresa de exploración y conquista. Es la lengua del agonizante siglo XV y principios del XVI, de la que aún conservamos expresiones y voces desechadas por la literaria y urbana de la actualidad, todavía usadas por los clásicos en el siglo XVII. He aquí que al oír en boca de nuestros campesinos voces como "trujo", "mesmo" y "agora", por ejemplo, sentimos palpitar lo propio en el alma; pero es lo propio de España, el arcaísmo aún vivo acá, como allá; el vino idiomático de viejas soleras castellanas guardado en nuestras sedentarias tinajas—odres, no de cuero, sino del barro nuestro—.

¿Que hay voces nuevas con las que se bautizaron cosas nuevas de América? Nadie lo niega; pero son aportes lexicológicos, una parte apenas del léxico americano adaptado a la fonética y morfología castellanas. ¿Que se oyen divergencias fonéticas? Ciertamente, pero no tantas ni más que en la propia España. Morfología y sintaxis, nervio y esqueleto del sistema, permanecen casi en absoluto.

Y el espíritu de la Madre Patria nos alienta y alentará en lo futuro. Han pasado los días aquellos en que algunos americanos intentaron la emancipación de la Metrópoli en el aspecto idiomático también, propiciando las "lenguas nacionales" y confundiendo la evolución con la plaga de vulgarismos y errores lingüísticos. Vano empeño, caduco ya. Hoy, más que nunca, los pueblos que integran la gran comunidad hispánica están de acuerdo en mantener incólume su patrimonio idiomático.

Celebremos el firme propósito y digamos las muchas veces repetidas palabras del vasco, salmantino y universal Unamuno: "La sangre de mi espíritu es la lengua". La castellana sea la nuestra, siempre. ¿Sea? Con Menéndez Pidal hay que ser, por muchas razones, optimistas: ¡será! Y repetimos una vez más, conmovidos:

*La sangre de mi espíritu es la lengua
y mi patria es allí donde resuena
soberano su verbo.*

La Academia Costarricense de la Lengua en el Colegio Superior de Señoritas

El Colegio Superior de Señoritas acordó celebrar el 12 de octubre, Día de la Hispanidad, con un homenaje al idioma español en las personas que integran la Academia Costarricense de la Lengua. En la solemne asamblea del Colegio estuvo presente una delegación de académicos y, después de haber sido abierto el acto con el Himno Nacional, la señorita profesora Zelmira Ortiz pronunció el discurso alusivo. Después habló D. Arturo Agüero Chaves en representación de la Academia. Publicamos ambos discursos a continuación.

DISCURSO DE LA PROFESORA ZELMIRA ORTIZ

Señores Miembros de la Academia Costarricense de la Lengua,
Señorita Directora del Colegio,
Estimados compañeros,
Queridas alumnas:

Hoy nos corresponde celebrar una vez más uno de los acontecimientos de mayor trascendencia en la historia de la humanidad: el de haber podido arrebatarse al hombre al océano uno de sus mayores secretos, gracias a la constancia del gran Navegante y a la generosidad de los Reyes Católicos, ante cuya corona depositó Colón el más preciado regalo que les podía ofrendar: un mundo nuevo, nuestra América.

Desde entonces nos atan a la Madre España lazos indestructibles, como lo son la cultura, las costumbres, la religión y la lengua.

Porque no se limitó España a sacar un mundo nuevo del seno de lo desconocido, sino que acudió presurosa, con toda su visión, abnegación y coraje, haciendo total derroche de constructiva energía, a enviar hasta el remoto continente la savia fecunda de sus catequistas espirituales, de sus guerreros, de sus conquistadores, quienes trajeron a esta legendaria tierra, en la punta de sus espadas, una religión y la inextinguible antorcha de una cultura superior. Esta civilización, para fortuna de nuestros pueblos, pensaba y hablaba en idioma castellano. Y si toda la grandeza espiritual y física de nuestra nueva raza la tomamos de la bravía sangre española, no hay merced más grande que

nos haya hecho el hado que habérsenos traído en las inmortales carabelas, enarbolada en sus mástiles como airosa bandera, la grandiosa lengua de Castilla.

España nos dio de sus generosas venas el amor al trabajo, la constancia, la fe y, en fin, la esencia misma de una civilización que resume a su vez lo mejor de un núcleo de civilizaciones. Pero si por todo esto nuestros jóvenes países tienen motivo para rendir a Dios y al Hombre la reverencia de su gratitud, con ser tanto aún es poco ante la suerte incomparable de poder saludar nuestra Bandera en el glorioso idioma castellano. Por ser este uno de los más fuertes vínculos de la nación descubridora y sus jóvenes hijas, y por ser la Real Academia de la Lengua su máximo exponente, el Departamento de Castellano de este Colegio ha querido rendirles hoy homenaje a los señores miembros de la Academia correspondiente nuestra, quienes se hallan aquí, honrándonos y distinguiéndonos con su presencia.

¡Salve, Cristóbal Colón, que abriste a la humanidad con tu hazaña un capítulo más en el libro que diariamente escribe la mano todopoderosa del Creador!

¡Salve, Madre España, por habernos legado la fuerza, la bravura, la generosidad, la religión y el idioma de tu raza!

¡Honor, ilustres Académicos, que veláis por esta lengua en que pronunciamos nuestras primeras y postreras palabras, expresando nuestras alegrías y tristezas, nuestros odios y nuestros amores; por esta lengua que inmortalizó Cervantes y que nos hace sentirnos hijos orgullosos de España! Recibid, pues, a la par de los mejores deseos por el buen éxito en vuestras funciones, el más caluroso homenaje nuestro.

He dicho.

DISCURSO DEL ACADEMICO D. ARTURO AGUERO CHAVES

Señorita Directora del Colegio,
Señores profesores,
Estimadas alumnas:

Doble honor considero éste de hablaros, y mayor que mis calidades y méritos. Doble, ciertamente: por ser portavoz de la Academia Costarricense de la Lengua y por dirigirme a tan distinguido auditorio. Procuraré, con el mayor gusto y de la mejor manera posible, salir bien de la prueba, siempre que me ayude vuestra benevolencia.

Bueno es decir a qué se deben la presencia de la Academia en este acto y las palabras que a nombre suyo estoy pronunciando. El día tres de setiembre pasado, cuando iniciábamos los académicos la sesión ordinaria mensual, tres excelentes profesoras de Castellano, comisionadas por este Colegio Superior de Señoritas, nos visitaron para invitarnos a estar presentes aquí, hoy, en esta solemne asamblea, consagrada con tanto fervor a conmemorar el Día de la Raza o—mejor—el Día de la Hispanidad.

Gratisísima sorpresa fue para nosotros la visita de aquella tarde, tanto por la presencia de las tres cultas y simpáticas visitantes—que siempre grato es ver flores primaverales en otoño—, cuanto por lo inusitada. Grata sorpresa fue también la invitación y propósitos de la misma por lo que tenían de significativo: era la primera vez en el país que un colegio, y sobre todo uno de los más importantes por su antigüedad, calidad y larga y fecunda labor formativa de ya numerosas generaciones femeninas, tomaba en cuenta a la Academia de la Lengua y se interesaba en saber qué es, cuál misión tiene y cómo la desempeña.

Tengo para mí que tal interés, el de tomar en cuenta a nuestra Corporación, es reflejo del que se ha despertado en todos los países que forman la vasta comunidad hispánica—inclusos Puerto Rico y Filipinas—, durante los diez últimos años, por este poderoso y esencial instrumento de relación que vincula, identificándolos, a tantos pueblos que por su medio recibieron una misma cultura: el idioma español.

Este homenaje tan espontáneo, en razón de su significado, tórname regocijada fe y esperanza en nosotros. Fe y esperanza firmes en el común destino de las naciones hispánicas y en la integridad ecuménica de nuestra lengua. ¿Cómo no tenerlas, cuando el interés parte así, tan espontáneamente, de quienes tienen a su cuidado el cultivo, mejora y defensa de la lengua materna? Fuera de los propósitos altamente educativos que la adecuada enseñanza del idioma persigue, hay que salvaguardar la unidad espiritual del numeroso conjunto de nacio-

nes “que aún reza a Jesucristo y aún habla en español”, según clamó con altivez el mayor poeta de América. La unidad de todos estos pueblos que todavía conservan el patrimonio de la Madre Patria, nacidos hace cuatro siglos y medio a la luz de una integradora cultura superior.

Empeñados los académicos de Costa Rica—lo mismo que todos los de Hispanoamérica y Filipinas—en conservar la unidad idiomática, procurando que se preserve nuestra lengua común de quiebras y desvíos, natural es que nos regocijen, alienten y estimulen estas manifestaciones de quienes atienden su enseñanza. Así estaremos salvos de babeles y descastamiento. Ello es reconocer, tácitamente al menos, que aún España, lo eterno de España, está en nosotros, en lo esencial de nosotros, y en esta lengua en que os hablo para que nos entendamos, por ser la nuestra. Lo hispánico nos da carácter, fisonomía esencial, propia y no postiza; lo demás es en unos casos accesorio, trivial y liviano; y en otros, aunque consustancial, diluído en lo hispánico.

Creo que ya he comenzado a insinuar cuál es la función de las Academias de la Lengua; pero antes de insistir en ello, valga un poco de historia sobre dichas Corporaciones. A esto voy.

Por iniciativa de D. Juan Manuel Fernández Pacheco, Marqués de Villena, se fundó la Real Academia Española de la Lengua, el año de 1713, a imitación de *L'Académie Française*, instituída el siglo anterior. Se aprobó su creación por Real cédula de D. Felipe V, el 3 de octubre de 1714, y la Corporación adoptó la divisa que todavía conserva, cuyo símbolo es un crisol puesto al fuego, con el lema de “Limpia, fija y da esplendor”. En este mote se resume la finalidad inicial de la Academia—no desechada todavía, solo en parte—: mantener un alto nivel de dignidad literaria y fomentarlo, en primer lugar, y, en segundo, procurar la pureza del idioma. Lo primero implicaba una función crítica y selectiva, lo segundo una función normativa y asimismo crítica de la lengua. Durante los dos primeros siglos prevaleció su función literaria, tanto que desde 1777, para fomentar la producción de buenas obras y estimular a los escritores jóvenes, instituyó certámenes bienales, con importantes premios.

Los miembros de aquellos entonces fueron literatos y poetas en su gran mayoría. Bástenos recordar a algunos: Bretón de los Herreros, Juan Nicasio Gallego, Severo Catalina, Donoso Cortés, Jaime Balmes, Gaspar Melchor de Jovellanos, Angel Saavedra, José Selgas, Echegaray, Mesonero Romanos, José Zorrilla, Núñez de Arce, Alberto Lista, Campoamor, Coloma, Valera, Castelar, Pérez Galdós, Pereda, Palacio Valdés, Hartzenbusch, Menéndez y Pelayo, los Alvarez Quintero, Benavente, Ricardo León, Cánovas del Castillo, Ramón y Cajal, Rodríguez Marín, Baroja y muchos otros.

Pero al examinar la lista de los actuales académicos, a la par de los literatos se hallan los lingüistas y filólogos: con Vicente Aleixandre,

Boletín de la Academia Costarricense de la Lengua

Gerardo Diego, José María Pemán, Azorín, Camilo José Cela, Gregorio Marañón y Laín Entralgo, para solo citar a algunos, se hallan Menéndez Pidal, Casares, Lapesa, García de Diego, Alonso, Bousoño y otros. Por supuesto que todos, aun los que no figuran principalmente como literatos, son escritores de primerísima línea, y algunos tienen obras eminentemente literarias.

Pero en la Real Academia no privó el estrecho sentimiento localista para limitarse a nombrar solo miembros peninsulares: también los eligió extranjeros, honorarios unos, correspondientes la mayoría. Ni el muy humano y natural resentimiento español por la independencia de Hispanoamérica impidió la designación de académicos hispanoamericanos. En Costa Rica los hubo poco después de su emancipación política de España, y se sucedieron los nombramientos hasta 1922. Fueron miembros correspondientes el Dr. D. José María Castro Madriz, el Dr. D. Lorenzo Montúfar, D. Rafael Orozco, D. Salvador Lara, D. Mauro Fernández, el Marqués de Peralta, D. Francisco María Yglesias, D. Pío Viquez, D. Ricardo Jiménez, D. Cleto González Viquez, D. Ricardo Fernández Guardia y D. Valeriano Fernández Ferraz (Honorario). En 1922 se nombraron muchos, entre los que figuraron D. Julio Acosta, D. José María Alfaro Cooper, D. Alberto Echandi, D. Roberto Brenes Mesén, D. Joaquín García Monge, D. Alejandro Alvarado Quirós, D. Fabio Baudrit González, D. Ernesto y D. Gregorio Martín, D. Justo A. Facio, D. Alberto Brenes Córdoba, D. Carlos Gagini, D. Víctor Guardia Quirós y otros.

Los miembros correspondientes de entonces fueron convocados por el Lic. Alvarado Quirós a una reunión que tuvo efecto en el Salón de la Biblioteca Nacional el 15 de febrero de 1923, cuyo propósito fue crear la Academia Costarricense de la Lengua. Asistieron los académicos Acosta García, Brenes Córdoba, Fernández Guardia, García Monge, González Rucavado, Alfaro Cooper, Alvarado Quirós, Baudrit González, Vargas Calvo y Facio, quienes acordaron encargar al Lic. Alvarado Quirós de todas las providencias necesarias, previas a la inauguración de la Academia, y a los Licenciados González Viquez y Brenes Córdoba de redactar los proyectos de Estatutos y Reglamento.

Una segunda reunión preliminar se verificó el 5 de octubre de 1923, en la oficina del Lic. Alvarado Quirós. Aquí se discutieron y aprobaron entonces los Estatutos y Reglamento, se fijó una cuota de los miembros para sufragar los gastos de instalación y se dispuso que ésta fuera el 12 de octubre del mismo año.

Los propósitos de nuestra Corporación están especificados en el artículo II de los Estatutos, al que os remito para no prolongar demasiado este discurso. En resumen, sin embargo, las Academias se proponen, hoy sobre todo, la unidad y defensa del idioma. Ciertamente es—como ha dicho Dámaso Alonso—que con el transcurso del tiempo la función

de la Real Academia y de sus filiales, en lo referente a la literatura, ha ido disminuyendo; no porque haya disminuído su calidad, sino por el desarrollo y difusión de la literatura, principalmente de su enseñanza y crítica. D. Dámaso piensa que en este sentido a unos les podría parecer la Academia una antigualla, o un organismo decorativo a otros. Sin embargo ha cambiado mucho la docta Corporación, pues tiene muy arrumbada ya su gestión dieciochesca, remozado su espíritu, modificados sus principios y variada un poco su dirección. La transformación obedece a las circunstancias modernas y a los imperativos que son el signo de nuestra época. El aislamiento de las Academias y la inactividad olímpica de algunas han desaparecido a partir del I Congreso efectuado en México por iniciativa del Presidente Alemán y auspicios del Estado mejicano; y la colaboración interacadémica viene siendo una realidad al haberse ratificado la Asociación de Academias de la Lengua en el II Congreso verificado en Madrid.

Pero es de justicia reconocer que a partir de 1902, con la incorporación de D. Ramón Menéndez Pidal en la Real Academia, ésta se vigorizó en el aspecto lingüístico-filológico. Sabemos todos que la ciencia del lenguaje, como tal, no se cultivó en España durante el siglo XIX. Hubo literatos y gramáticos y lexicólogos, pero no lingüistas. D. Ramón fue quien inauguró la escuela lingüística española, vinculando la filología y la lingüística, identificándolas, e inventando por este camino el método cronológico-geográfico ya en su obra *Orígenes del español*. A la vera del Maestro se formaron filólogos y lingüistas, algunos de los cuales son académicos también. Así la Academia cuenta hoy con especialistas eminentes en estas materias.

Asimismo hay que reconocerle al Secretario Perpetuo, D. Julio Casares, la importantísima labor que ha realizado en aquella Corporación y su espíritu ampliamente conciliador ante los desacuerdos y observaciones de Academias filiales y aun de personas particulares. Atento siempre a sugerencias y críticas, las considera y estudia para desechar con razones las injustas y acoger las razonables.

Con miembros tan bien informados acerca del idioma, la Real Academia constituye ahora un cuerpo de superior autoridad científica para dirigirlo. Sus Comisiones, como por ejemplo las del Diccionario y la Gramática, están así muy bien integradas. La de la Gramática, con la garantía de un Rafael Lapesa, elabora un nuevo texto, concebido conforme a la vigente concepción de la lengua, de modo que dentro de poco tendremos una Gramática científica y práctica a la vez, descriptiva y normativa, que tomará en cuenta los hábitos del buen hablar y escribir propios de España y América. También funciona permanentemente un seminario de lexicología y lexicografía, dirigido por D. Julio Casares, en la elaboración del Diccionario Histórico. En ello

trabajan varios expertos no académicos, pero sí formados especialmente para dicha labor bajo los auspicios, cuenta y dirección de la Academia.

Por no encontrarse todas las Academias correspondientes igual que la Española de capacitadas para los menesteres de hogaño, se consideró necesaria la preparación de especialistas, académicos o no, para que asesoren a cada una. Ciertamente es que algunas, como la Colombiana, por ejemplo, cuenta con un P. Restrepo, un Angel Rosemblat, etcétera; pero la mayoría necesita el asesoramiento de especialistas en materias idiomáticas. Tal acuerdo se tomó en el II Congreso, y así está funcionando actualmente un seminario de filología y lingüística en Caracas, en el cual figuran profesores tan eminentes como el Dr. Esteiger, el suizo especialista en filología romántica; Zubiría, el eminente profesor de estilística, y otros de fama internacional. El Seminario, cuyos alumnos han sido enviados por Academias hispanoamericanas, comprende dos cursos de seis meses cada uno, equivalentes a los que ofrecen a postgraduados las Universidades.

Todavía puede haber quienes critiquen a las Academias por su acción interventora o normativa en materia idiomática, pero ella es indispensable. Ha existido en todas las épocas; desde muy antiguo, de una u otra manera. En Roma daban normas los gramáticos, y el correcto latín era el de los cultos; en España las dieron Nebrija y Valdés, luego la Real Academia. Lo normativo del buen hablar y escribir ha partido siempre de la lengua literaria y de las personas cultas. En toda época y lugar se ha visto que la calidad lingüística, lo que se considera correcto en los diferentes elementos del sistema (fonética, léxico, morfología, sintaxis), no lo ha justificado siempre y en todos los casos la etimología, ni el uso, ni el prestigio político de una región determinada, sino que viene del gusto selectivo de los individuos mejor dotados, la lengua de las personas cultas y de los escritores eminentes. La sociedad, siempre, ha aceptado este prestigio idiomático.

También puede haber todavía personas influídas por el positivismo lingüístico de Schleicher; o por la escuela ginebrina, que consideraba la lengua como algo exterior al individuo e independiente de él, fuera de su voluntad; o por el Círculo de Praga mismo. Pero las Academias, idealistas en la parte que deben serlo, consideran que cada individuo puede mejorar su habla consciente y voluntariamente, y mejorar así la lengua. A propósito he de repetir aquí unas palabras de D. Ramón Menéndez Pidal "... el individuo *por sí solo*, puede influir en el lenguaje de la comunidad, lo mismo que puede influir en unas elecciones por sufragio universal: captándose adhesiones, salvo que la propaganda lingüística no suele hacerse en forma de persuasión oratoria, sino mediante la enseñanza gramatical, los Diccio-

narios, la crítica doctrinal, la difusión de los modelos literarios o simplemente modelos de prestigio social, etc.”

Para satisfacer el retorno del anhelo sentido por todas las naciones hispánicas a la unidad y defensa de la lengua, nuestras Corporaciones, ahora conjuntamente, habrán de seguir fijando normas. Para emprender bien esta función se preparan y se asesoran científicamente, como se ha dicho. Puede haber por ahí todavía algún rezagado romántico de los que obcecadamente querían la escisión de nuestro idioma en lenguas nacionales americanas; pero tales ideas ya están absolutamente fallidas. Nunca más que hoy todos queremos conservar y preservar nuestro idioma en su integridad.

Dispuestos así nos hallamos los académicos; pero, señores, en nosotros no descansa el efectivo magisterio idiomático. Para nada, o muy poco, servirían las normas si en el tiempo y lugar propicios no se enseñara bien el idioma. El lugar es la escuela; el tiempo, el de la escolaridad.

Por eso confiamos en vosotros, profesores. Conservemos con celo y amor este precioso patrimonio; cooperad con nosotros en preservarlo y enriquecerlo. Ya no es época de escisiones: hoy procuramos todos la unidad de la lengua y con ella la unión y comprensión de la comunidad hispánica. Tengamos presente una hermosa sentencia de Dámaso Alonso: “El unitarismo de la lengua es imperativo de civilización”. Este sea nuestro propósito de hoy y para siempre, y que sea esta la mejor manera de celebrar este glorioso día.

Muchas gracias.

N e c r o l o g í a

Otro duelo nos enluta. Murió D. Víctor Guardia Quirós, nuestro ilustre Director. El 2 de noviembre, a muy temprana hora, llegó la de su partida. Pierde la Academia Costarricense a un distinguido miembro; el país, a un ilustre ciudadano; el Foro, a un eminente abogado; las letras nacionales, a un preclaro maestro de la prosa.

Nos deja el Licenciado Guardia Quirós el patrimonio de su obra generosa y, con ella, el de su ejemplo. El edificantísimo ejemplo de su altiva conducta, de su legítimo patriotismo, de su hidalga virilidad—muy poco común—y de su firmeza cabal y diamantina en sus convicciones.

Hombre de acero, se dobló respetuosamente ante los honestos y humildes; pero se irguió, firme, implacable, ante los necios, deshonestos y claudicadores.

Sable de justicia, temible por lo certero, fue su ática pluma. la que siempre manejó con elegancia, destreza y limpieza. Nunca bajó de calidad su estilo, fuese cualquiera el tema que tratara. ¡Todo un caballero andante, nobilísimo, de la pluma y en sus relaciones con los demás! Con la pluma en ristre y la intención puesta en la Dulcinea de las nobles causas patrióticas anduvo una brillante jornada de 86 años este gran ciudadano. ¡Cuán edificativo paradigma de juventudes! ¡Qué vacío tan desolador el que dejan hombres como D. Víctor!

Peleó con hidalguía, noblemente, sin mezquinas intenciones. Ya lo dijo una vez. Oigámoslo: “Contra la fina censura que aquí se levanta contra mis pasadas violencias, he de manifestar, como descargo, que mis iras fueron santas, pues nacieron siempre bajo la fiebre de la defensa de los intereses de mi patria. Jamás he proferido una palabra lesiva por mezquinos intereses personales; y si duro fui defendiendo a Costa Rica, no ha de ser ella quien pueda reprochármelo, ni alcanzo a dolerme de los justos cargos que ayer hice, y que hoy mantengo”.

Mucho habrá que hablar de nuestro ilustre difunto. Lo dejaremos para el próximo número de este *Boletín*. Pero todavía insertaremos ahora, por lo hermoso, el editorial escrito por el académico D. Otilio Ulate Blanco y publicado por su “Diario de Costa Rica” el 3 de noviembre pasado.

Terminamos esta nota con las palabras del mismo D. Víctor, con las cuales inició un editorial de “La República”, diario que dirigió, el 2 de noviembre de 1916: “¡Paz a los muertos! Depongamos ante el umbral del Campo Santo el seño de las iras y las contracciones del dolor; peinemos los rizos alborotados del espíritu, y signémonos con tres cruces en la frente, en la boca y en el pecho. Estamos a la puerta de la necrópolis, donde se lee esta frase dolorida, que sobrecoge el ánimo. al par que lo edifica: *Hic expectabo resurrectionem meam*”. Y nosotros, de todo corazón, clamamos: “. . . y la luz perpetua brille para él. esplendorosa”.

A. A.

Don Víctor Guardia Quirós

Editorial de "Diario de Costa Rica", escrito por el académico D. Otilio Ulate Blanco y publicado el 3 del mes en curso.

No era prudente. No se acomodaba en devaneos y transacciones. Era la beligerancia hecha verbo. Desde una cátedra, daba lecciones de impetuosa juventud a los estudiantes. Desde una columna de periódico, con la tersa y castiza fábrica del estilo, se manifestó, a un propio tiempo, humano, místico, inquieto, sediento de libertades y hambriento de justicias. Su vida entera lo hizo dueño de la infinita y alegre sabiduría del dolor. Dolor de pueblos angustiados que hallaban su paladín en quien no gustó jamás del contacto con las multitudes, pero que, por inescrutable paradoja, era el más ardiente de sus defensores. Trabajaba por la patria, por las ideas, por los hijos. A la voz de guerrilla por las buenas causas, se ceñía la belleza de la frase perfecta. Sucesión de acciones, acaecimientos disímiles, torrente de palabras luminosas por donde resplandecía, dominadora y altanera, multiforme y universal, una gran inteligencia. No gustaba de ser orador. Desdeñaba la tribuna. Pero en muy escasas unidades humanas se ha presentado, con tan límpida y avasalladora potencia, la facilidad de expresar el pensamiento con la pluma. La vanidad y la ambición, cuya base efectiva radica en el deseo de que las acciones sean vistas, juzgadas y admiradas por los demás, no soplaron jamás sobre su espíritu, indiferente a la hojarasca de ilusiones que arremolinaban en torno de los demás los vientos cambiantes de la vida.

Escritor, diputado, ministro fugazmente, magistrado de la justicia y presidente del tribunal, abogado que hizo de la juridicidad su escudo y su baluarte, académico de la lengua y Director de la Academia a la hora de su muerte, un hombre ilustre, una vida inmaculada, todo, para él, se resumía en ser un hombre honrado. Se fue sin admitir que nadie le diese las gracias por los bienes que había hecho. ¡Qué le importaban los agradecimientos, sinceros o no, si lo que le importaba era haber rendido su vida a la justicia! Fue desde lejos, sin cargo o investidura, uno de los grandes conductores morales de la República. Bravío a veces, rebelde o doliente, también lo atrajo la lírica y escribió versos. Era un romántico impenitente por entre las rudezas del destino. Sufría

la necesidad de adivinar, no con filiales amores sino con apasionado amor varonil, las inquietudes del pueblo entre el cual había nacido y laboraba por su gloria sin importarle que el pueblo lo supiese. En los combates de la palabra escrita, cada frase era un pistoletazo; o, cuando menos, una saeta. Lo atacaban también, claro está. Pero él respondía con hidalguía. Bien, bien haya el mal que engendra el bien, como el estiércol fertiliza la vida.

Ajeno a nieblas y vacilaciones, pensaba con firmeza. No había intersticios en sus convicciones. Sabía lo que quería decir y lo decía sin repulgos, sin sordinas, sin follaje: a cuerpo limpio. Nunca vulgar, era aristocrática la sencillez de su estilo. Inundaba en luz de razón todas sus páginas.

Se aquietó en él la sangre. Cesó el corazón la ardua faena de su latir fatigante. Se apagó su voz. Pero su inteligencia fulgurante e inextinguible, sigue la marcha victoriosa sobre los espíritus.

Tuvimos la alegría de decirlo en su vida y hoy tenemos el dolor de decirlo en su muerte: se nos va en don Víctor Guardia Quirós la primera pluma de la Costa Rica de hoy.

Nuevas voces sancionadas por la Real Academia (1)

Ha sancionado la Real Academia Española de la Lengua un considerable número de voces que aparecerán, por supuesto, en la próxima edición del Diccionario. Entre las acepciones y voces nuevas hay muchos galicismos, algunos anglicismos y más que han venido naciendo sin la intervención de otras lenguas, sino de la propia, espontáneamente.

He considerado necesario y oportuno dar a conocer estas novedades, porque siempre habrá personas interesadas en estos asuntos de la lengua, tal vez más de las que algunos se imaginen.

Comienzo con los anglicismos que han tenido acogida oficial. Son los siguientes:

Craquear y Craqueo: Estas dos voces quizá no nos sean muy familiares a los costarricenses por no haber aquí refinerías de petróleo, pero en otros países usan la voz inglesa *cracking* para designar una labor que consiste en romper (*to crack*), por ejemplo, las partículas del petróleo para obtener hidrocarburos más ligeros y de fórmulas moleculares más simples. La gasolina es uno de ellos. La Real Academia, tomando el elemento inglés *crack* y añadiéndole las terminaciones castellanas *-eo* y *-ear*, una nominal y otra verbal, ha formado las dos palabras.

Automatización y Automatizar: La voz *automation* (también neologismo en inglés), con el sentido de “utilización en la industria de aparatos o máquinas con la consiguiente disminución de la mano de obra”, no puede traducirse con la castellana “automatismo” ya existente. Se consideró necesario, pues, crear el sustantivo “automatización” y el verbo “automatizar”.

Coctel: Esta voz, para designar la “mezcla de licores en corta cantidad, a la que suelen añadirse otros ingredientes” era necesaria en nuestro léxico, porque el *Diccionario Manual* la registra con una acepción muy limitada.

Crol: En el deporte de la natación *crawl* significa una “manera de nadar caracterizada, entre otras cosas, porque el nadador sólo saca

(1) Estas voces aún no han sido sometidas oficialmente a la consideración de las Academias Correspondientes.

la cabeza del agua para respirar y avanza con el cuerpo de costado, moviendo alternativamente los brazos". Ahora se dirá y escribirá "crol", a la manera castellana.

Detective: Otro anglicismo que desde hace muchos años hemos usado, con el sentido de "policía, particular o del gobierno, que practica averiguaciones reservadas". El Diccionario Manual ya lo registraba. pero con un corchete delante, para indicar que se hallaba, como si dijéramos, en cuarentena o, según don Julio Casares, "en el limbo: ni condenado ni aprobado".

Filme: Hasta el momento se ha usado la voz inglesa *film*. La Academia ha castellanizado esta palabra para evitar otra formación irregular del plural como clubs, complots, etc. Así el plural de "filme" será "filmes" y no "films".

Flirteo y Flirtear: Dice don Julio Casares que tanto en España como en América se han ensayado "varias equivalencias de estas voces: coqueteo, floreo, galanteo, etc., con sus verbos correspondientes; pero la verdad es que ninguna de estas palabras refleja adecuadamente lo que se entiende por el "flirt" inglés. La Academia, en vista de la aclimatación del concepto—y del dulce pasatiempo que representa—en los países de lengua española, ha optado por admitir su nombre de origen dándole forma castellana".

Parrilla: Lo que en inglés se llama *gril-room* se ha llamado parrilla en castellano, que es la traducción de *grill*. Esto lo sugirió una vez la misma Academia Española cuando se le consultó acerca del asunto, y la voz ha tenido extenso uso y mucho arraigo.

Líder: Pronunciada y escrita así queda incorporada en nuestra lengua la voz inglesa *leader*, cuya significación todos conocen. El plural habrá que formarlo según las reglas castellanas: líderes.

Rayón: En Inglaterra se le dio este nombre a cierta fibra artificial que se obtiene de una especie de celulosa, y el mismo nombre reciben los tejidos que se hacen de ella. Podemos usar como castiza, pues, la voz rayón que desde hace años tiene un uso tan general.

Tales son los vocablos de origen inglés hasta el momento sancionados por la Real Academia. Tal vez antes que aparezca la próxima edición del *Diccionario* se aprobarán otros.

Además de los anglicismos indicados, la Real Academia Española de la Lengua sancionó recientemente muchos galicismos que han circulado profusamente en España e Hispanoamérica. Unos son trasplantes (préstamos), otros imitaciones y otros calcos o traducciones del francés. Ellos son:

Boletín de la Academia Costarricense de la Lengua

Alevín: Este es un préstamo para expresar la cría de peces destinada a la reproducción fluvial.

Aplique: Nombre que se le da a un candelabro aplicado a la pared.

Arribista: Voz que se ha usado mucho para designar a la persona sin escrúpulos y ambiciosa que a toda costa quiere triunfar. Aunque la voz francesa se escribe con uve (*arriviste*), la castellana tiene be por razones obvias.

Bacará: Llámese así un juego de naipes. También se aceptó la variante “bacarrá”, muy usada en España.

Cartoné: Tecnicismo de encuadernación, bien conocido.

Carrusel: Término con que suelen llamarse variantes del “tio vivo” (o “caballitos”, como decimos aquí); también cierto ejercicio que ejecutan las fuerzas de caballería, y aun se usa metafóricamente.

Claxon: Como sabemos, es la bocina de los automóviles.

Consigna: En las estaciones de ferrocarril, nombre del lugar donde se guardan temporalmente las maletas de los pasajeros.

Consomé: Caldo sustancioso, ya que la voz “consumado” nadie la usa.

Control: Galicismo cuando significa inspección, revisión, comprobación, examen; anglicismo cuando significa dominio, mando, gobierno. Era muy necesario admitir esta palabra.

Controlar: Como el sustantivo anterior, la admisión de este verbo era muy necesaria.

Cubilote: Nombre que se le da a un empleado metalúrgico.

Delimitación: Acción y efecto de delimitar.

Delimitar: Fijar los límites de una cosa, ya en sentido material o moral. Ni delimitación ni delimitar tenían equivalencias en castellano.

Extra: Como nombre, se usa para indicar un plato no incluido en la minuta y también a la persona que presta un servicio accidental o, en el cine, al figurante o comparsa.

Guiñol: Teatro o retablo de títeres.

Hangar: Construcción en que se guardan los aviones.

Hindú: Para distinguir a los indios de América y a los de la India se aceptó esta voz. Los hindúes serán los de la India, ya que por un error de Colón los aborígenes de América se llaman indios.

Lingotera: Molde donde se echa el metal fundido para obtener los lingotes.

Lupa: Lente con mango para leer y otros usos.

Monegasco: Natural de Mónaco.

Parqué: Entarimado o pavimento de maderas de varios colores que forman dibujos geométricos.

Reportaje: No se había aceptado esta palabra tan usada en todos los países de habla española desde hace muchos años.

Señalización: Acción y efecto de señalar; sistema de señales que se colocan en carreteras, ferrocarriles, etc.

Señalizar: Poner las señales que se usan en las carreteras, ferrocarriles y otras vías.

Telefonazo: Llamada telefónica; en francés, *coup de telephone*.

Travestir: Vestir de mujer a un hombre y a la inversa.

Maquillaje: La voz afeite ya no traduce con exactitud a maquillaje.

Maquillar: Como la anterior, era muy necesaria esta voz en nuestro idioma.

Además de los anglicismos y galicismos anotados, ahora se dan a conocer otras voces recientes aceptadas por la Real Academia, en cuyo nacimiento no han influido lenguas extrañas. En algunas se ve la liberalidad de la Academia, pues, como dice el propio don Julio Casares, son “palabras de tono familiar que, según se verá, lindan no pocas veces con lo vulgar”.

Peliculero: Como adjetivo, se refiere a lo que se relaciona con el cine; como sustantivo, designa a la persona que actúa en él, con cierta intención despectiva.

Plumífero: Periodista o escritor mediocre.

Pídola: Juego infantil que se llamó antes, en España, “fil derecho” y aún “salta cabrillas”. Es el que aquí llaman “suela” (“brincar suela”) los muchachos.

Gúa: Otro juego infantil español que consiste en lanzar bolitas de barro o canicas para que entren en un hoyo hecho en la tierra. Es un poco semejante al de la “chócola” nuestro.

Resaca: Lo que en Costa Rica llamamos “goma”, o sea el malestar que se siente por la mañana como consecuencia de haber abusado de bebidas alcohólicas la noche anterior.

Rollo: Lata, o sea el discurso o relato fastidioso, impertinente y largo. Con igual sentido se aceptaron “disco” y “tostón”.

Camelo: Noticia falsa, bulo, o sea lo que nosotros llamamos “bola”.

Fregado: “Lance, discusión o contienda desordenada en que pueda haber algún riesgo.

Follón: “Alboroto, enredo o jaleo”. .

Gorronear: Hacer vida de gorrón. Conviene aclarar que “gorrón” no tiene el sentido que le damos los costarricenses, sino que castizamente se aplica a la persona que tiene el hábito de comer, vivir o divertirse a costa ajena, y como sustantivo significa “hombre perdido y enviciado”.

Pisar: A los sentidos que ya tiene este verbo se agrega el siguiente: anticiparse a otro frustrando su propósito”. Por ejemplo un galán le pisa la novia a otro.

Carcajear: Más comúnmente “carcajearse”, verbo que se usa mucho en América, y en España también, para indicar “reírse a carcajadas”.

Chaquetear: Dejar uno el bando o partido a que pertenecía para incorporarse en otro. A esto se le dice en España “volver la casaca”. y nosotros “volcarse”.

Majareta: Individuo medio chiflado.

Metición: Y su variante “metijón”, que designan al figón y entrometido.

Boletín de la Academia Costarricense de la Lengua

Caradura: Persona falta de vergüenza, con sobra de audacia y cinismo.
La que en Costa Rica llamamos “cara de barro”.

Y las siguientes, cuyo sentido no es menester explicar: *autoservicio*, *egocéntrico*, *gregarismo*, *guardaespaldas*, *indiscernible*, *inmediatez*, *inoperante*, *intranscendente*, *peligrosidad*, *rijosidad* y *silla eléctrica*.

Infrarrojo: Sustituirá esta voz a “ultrarrojo”.

Pocho: Podrido (aplicado a los frutos).

Puntero: Quien descuella en alguna actividad.

Pago: Pagado (como adjetivo).

Invidencia: Falta de vista.

Betunero: Limpiabotas.

Floristería y florería: Tienda de flores.

Bolera: Lugar destinado al juego de bolos.

Portería: La meta, en el juego de fútbol.

Existencialismo: Nombre de la tendencia filosófica “que —así la define don Julio Casares—funda el conocimiento de la realidad en la experiencia inmediata de la propia existencia”.

Herbicida: Producto químico destinado a combatir la mala hierba.

Microsurco: Disco gramofónico de larga duración.

Monocultivo: Cultivo único de un país, o el predominante.

Puntillismo: Nombre de la escuela pictórica derivada del impresionismo.
Se caracteriza por toques breves de color, y desunidos.

Se han aceptado también los verbos *exiliar* y su forma reflexiva *exiliarse*, derivados de “exilio”. Nótese que se acepta la correcta formación de estas voces, no *exilar*, como generalmente se dice aquí. Desde luego que el participio tendrá que ser *exiliado* y no *exilado*. Se acogen asimismo *fichar* (con el sentido de inscribir a un jugador o jugadores para que actúen en un equipo), *mecanizar* (efectuar con máquinas lo

que se hacía a mano en una industria), *planificar* (que no significa lo mismo que “planear”), *protagonizar* (de sentido obvio), *puntuar* anotar en el cómputo de los puntos el resultado de una prueba o competición) y *opositar*. Respecto de este verbo *opositar* explica don Julio Casares lo siguiente: “Es éste un neologismo moderno destinado a expresar lo que en los tiempos clásicos se decía “oponerse”, esto es, tomar parte en unas oposiciones. Sancionado el empleo de esta voz, no había motivo para privar a *concurrir*, que hoy sólo ostenta un significado forense, de una nueva acepción muy en uso. Todavía recuerdo que cuando yo estudiaba en el Conservatorio había una calificación que rezaba “Sobresaliente y concurre”. “Concurrir” era, y así figura en el Diccionario, tomar parte en un concurso. Esta acepción ha pasado a *concurrir* y se ha admitido como participio y sustantivo *concurrante*, que había de ser hasta ahora “concurrente”, para nombrar al que acude a un concurso u otro certamen”.

Otros vocablos muy usados desde hace mucho tiempo se han aceptado, muy justamente por cierto; el mismo señor Secretario Perpetuo de la Real Academia declara que habían escapado a la atención de ésta. Son los siguientes: *mayéutica* (arte del maestro que consiste en alumbrar en el discípulo nociones que poseía sin saberlo), *militarada*, *ilustración* (movimiento ideológico que culminó en el siglo XVIII, bien sabido por las personas cultas), *armónica* (conocido instrumento musical de viento), *laicado* (condición y conjunto de fieles que no son clérigos), *igualatorio* (asociación de médicos y clientes mediante una iguala) y *quitamiedos* (listón o cuerda a manera de pasamanos que se pone en andamios y otros lugares para evitar el vértigo o el riesgo de éste).

Como faltaban términos para designar los localismos hispano-americanos, a los que había se han agregado: *bolivianismo*, *cubanismo*, *guatemaltequismo*, *nicaragüensismo*, *panameñismo*, *paraguayismo*, *puertorriqueñismo*, *salvadoreñismo* y *uruguayismo*.

Se han aceptado las locuciones *mano de obra*, cuya explicación huelga, y *dar de mano*, que significa cesar en un trabajo. La locución *tener lugar*, que figuró en el Diccionario desde 1852 a 1899, se quitó por influencia de los puristas, que combatieron su uso por considerarla un galicismo, del *avoir lieu* francés. El señor Casares dice al respecto: “No parece oportuno dilucidar aquí quiénes estaban en lo cierto. Baste decir que ya Juan de Mena (1944) escribió “uvo lugar”, con el significado de “aconteció”, y este “haber lugar”, que correspondería exactamente al supuesto modelo “avoir lieu”, no parece deber nada al francés. Pero lo que importa es que, en vista del empleo persistente y cada día más extendido por todo el ámbito hispánico de tener lugar por “acontecer”, la Academia le ha concedido otra vez, y pienso que de manera definitiva, el honor de ocupar el puesto que ya tuvo en el Diccionario”.

Boletín de la Academia Costarricense de la Lengua

Otros dos giros se han sancionado: *al por mayor* y *al por menor*. La forma que se consideró correcta fue sin *al* (vender por mayor): hoy, las dos.

Se ha dado cabida al neologismo *hibernación*, que designa el letargo en que están ciertos animales durante el invierno. También usan el término los médicos, tal vez más que los naturalistas, para nombrar el estado de sopor que se provoca en los enfermos, tanto para fines curativos como anestésicos. Se ha derivado el término del latín “hibernare” y no de “invierno” para que el tecnicismo conserve su fisonomía internacional, ya que el inglés y el francés han hecho lo mismo.

Desde hace muchos años se ha usado la voz *explotar* con el sentido que tiene “estallar”. Ambas, indistintamente, se usan: “estalló una bomba”, “explotó una bomba”. Esta será una cuarta acepción del artículo “explotar”, pese a la oposición de algunos académicos y al condenatorio asterisco del *Diccionario Manual*.

Otro verbo que al fin se aceptó es *presupuestar*. Se usa desde hace muchos años en todas partes, y tanto el uso como la necesidad lo arraigaron e impusieron. Al respecto nos informa D. Julio Casares que se aceptó “previa reñida controversia”, y nos dice, además, que “no es la primera vez que pasa por este trance” dicho verbo, porque en 1892, “cuando el ilustre escritor peruano Ricardo Palma asistía como individuo correspondiente a las Juntas de la Academia, propuso la admisión”, pero solo tuvo cuatro votos.

Se admitieron asimismo algunas voces relacionadas con los deportes, como *deportividad* (caballerosidad en la vida social, que no solamente supone la observancia correcta de las reglas del juego, sino cierto espíritu de generosidad y nobleza). Y junto con ésta se acepta el adjetivo *antideportivo*, que se aplica a la conducta del público y también de los jugadores, o a todo acto contrario a la deportividad. Además se aceptaron otras dos expresiones usadas en el deporte: la frase *contra reloj* y el sustantivo *cronometraje*. La frase dicha se usa para indicar que los corredores de una justa ciclística van saliendo uno después de otro, no al mismo tiempo todos; y cronometraje es la operación de medir con el cronómetro el tiempo que se tarda en ejecutar algo.

Se admitió la voz *ataraxia*, del griego, para indicar con ella la “impertubabilidad del ánimo, la tranquilidad máxima del alma”; también *teleobjetivo*, de composición híbrida, y *autobús*, cuyos significados no requieren explicación, y *xilófono*, de raíces griegas asimismo, en vez de “xilofón”, con que se designan ciertos instrumentos musicales emparentados con nuestra marimba.

Se incorporaron algunas voces relacionadas con la medicina, como *epidemiología* (tratado de las epidemias), *adiposis* (obesidad),

Boletín de la Academia Costarricense de la Lengua

aortitis (inflamación de la aorta), *arteritis* (inflamación de las arterias). *artralgia* (dolor de las articulaciones), *alalia* (tan usada para indicar la pérdida de la palabra por lesiones nerviosas), *decalcificación* o *descalsificación* (de significado muy conocido), *hiperfunción* (aumento de la actividad normal de los órganos del cuerpo; sobre todo glandulares). *hipofunción* (con sentido contrario al del término anterior) y *cortisona* (nombre de esa droga que se ha puesto muy de moda, preparada sintéticamente o extraída de la corteza de las glándulas suprarrenales).

Apartamento: Vivienda formada por varios aposentos de un edificio con otras dependencias.

Balompíe: Fútbol.

Cabina: Recinto aislado en cines, salas de conferencia. Locutorio telefónico.

Audifono: Aparato para mejorar la audición de quienes tienen torpes los oídos.

Aerofaro: Luz potente que se coloca en los aeropuertos para orientar los aviones por la noche y facilitar el aterrizaje.

Quitanieves: Máquina que se emplea en carreteras, vías, etc., para apartar la nieve que dificulta la circulación.

Tales son las voces recientemente aceptadas, unas por votación y otras sin objeciones.

Conviene terminar con las palabras de don Julio Casares: “Desde ahora quedan entregados (los vocablos nuevos) a las disputas de las gentes. cuyas observaciones “constructivas” serán, a no dudarlo, recibidas con aprecio y con gratitud; porque como dije en otro lugar, nuestra Corporación no es un hermético laboratorio de alquimistas. Sus ventanas están de par en par, y el fuego de su simbólico crisol se aviva con los aires de fuera”.

Arturo Agüero Chaves

Aprecio y Defensa del Lenguaje

Por *Pedro Salinas*

Continuamos la reproducción del discurso pronunciado por el poeta en la Universidad de Puerto Rico, el 24 de mayo, 1944.

Maravillas de la lengua

Y el tercer motivo está en una experiencia personal. Yo, sin ser filólogo. llevo cerca de treinta años, en diaria y estrecha convivencia, con mi lengua. Soy profesor de literatura. Entiendo que enseñar literatura es otra cosa que exponer la sucesión histórica y las circunstancias exteriores de las obras literarias: enseñar literatura ha sido para mí buscar en las palabras de un autor la palpitación psíquica que me las entrega encendidas a través de los siglos: el espíritu en su letra. Algunos ratos he dado también a la tentativa poética, a escribir poesías. Y esos ensayos, si no a otra cosa, me han llevado a la convicción de los prodigios que para el hombre guarda el conocimiento hondo, el cultivo delicado de su lengua. Está el hombre junto a su lengua, como en la margen de un agua en estanque que tiene en el fondo joyas y pedrerías, misterioso tesoro celado. La mirada no suele pasar del haz del agua, donde se reflejan las apariencias de la vida, con belleza suficiente. Pero el que hunda la mano, más allá, más adentro, nunca la sacará sin premio. Y por eso, por esa persuasión, así ganada en treinta años de práctica gustosa, más enamorado del idioma, quisiera hacer sentir a otros lo que yo sentí, invitarles a ese trato, atento, delicado y sin prisa con las aguas hondas de su lengua materna. Así quizá me justifico por haber elegido este tema, sin más títulos de especialista. En todo caso, mis títulos no son de sabio, son de enamorado.

Y entremos ya en la exposición de los valores del lenguaje por lo que toca al hombre.

Individuo y lenguaje

Pensemos primero en lo que el lenguaje representa para el individuo solo, para el ser humano, en sí mismo, antes de atender a lo que significa para ese mismo hombre en sus actos de relación con sus

semejantes. Por tener el lenguaje misión primordial comunicativa, y servir de enlace entre persona y persona, solemos fijarnos únicamente en este su valor social. ¿Pero no es, antes, algo más que eso? Imaginémonos un niño chico, en un jardín. Hace muy poco que aprendió a andar: le llama la atención una rosa en lo alto de su tallo. llega delante de ella, y mirándola con los ojillos nuevos, que se le encienden en alegría, dice “¡Flor, flor!” Nada más que esto. ¿A quién se lo dice? Pronuncia la palabra sin mirar a nadie, como si estuviese solo con la flor misma. Se lo dice a la rosa. Y a sí mismo. El modular esa sílaba, es para él, para su ternura, gran hazaña. Y ese vocablo, ese leve sonido, flor, es en realidad un acto de reconocimiento, indicador de que el alma incipiente del infante, ha aprendido a distinguir de entre las numerosas formas que el jardín le ofrece, una, la forma de la flor. Y desde entonces, cada vez que aperciba la dalia o el clavel, la rosa misma, repetirá con aire triunfal su clave recién adquirida. Significa mucho: “Os conozco, sé que sois las flores”. El niño asienta su conocer en esa palabra.

Lenguaje, Mundo y Personalidad

El mundo exterior se extiende ante él, todo confuso, como amontonamiento de heterogeneidades, de formas variadas, indistinto, misterioso, indiscernible. Empieza a andar el niño por la vida como andaríamos nosotros por una vasta estancia, a oscuras, en la que se guarda una gran copia de objetos, muebles, libros, estatuas. La vista no llega a percibir con exactitud ninguna cosa, yerra sobre el conjunto desvalida; pero si enfocamos una linternilla eléctrica sobre el montón, de su abigarrada mezcolanza saldrá, preciso, definido, el objeto que el rayo de luz aprehenda en su haz. El niño cuando dice “flor”, mirando a la rosa o al clavel, emplea la palabra denominadora, como un maravilloso rayo delimitador que capta en el desconcierto del mundo material, una forma precisa, una realidad. ¡Gran momento, este! El momento en que el ser humano empieza a gozar, en perfecta inocencia, de la facultad esencial de la inteligencia: la capacidad de distinguir, de diferenciar unas cosas de otras, de diferenciarse, él, del mundo. El niño al nombrar al perro, a la casa, a la flor, se convierte lo nebuloso en claro, lo indeciso en concreto. Y el instrumento de esa conversión es el lenguaje. Lo cual significa que el lenguaje es el primero, y yo diría que el último modo que se le da al hombre de tomar posesión de la realidad, de adueñarse del mundo. Cuenta el poeta catalán Juan Maragall, que en cierta ocasión llevó a una niña de algunos años, que no conocía el mar, a la orilla del Mediterráneo, deseoso de ver el efecto que causaba en ella esa primera

visión. La niña, se quedó con los ojos muy abiertos, y como si el propio mar, la enviara, dictado por el aire, su nombre, dijo, solamente: “¡Mar, el mar!” La voz es pura defensa. La criatura ve ante sí algo que por sus proporciones, su grandeza, su extrañeza, la asusta, casi la amenaza. Y entonces pronuncia, como un conjuro, estos tres sonidos: “mar”. Y con ellos, sujeta a la inmensa criatura indómita del agua, encierra la vastedad del agua, de sus olas, nombrándolo, y al nombrarlo pierde el miedo, se devuelve a su serenidad. Es eso, el mar; no es monstruo, ni pesadilla, es, no puede decirse de otro modo más sencillamente grandioso: el mar. Esta niña de Maragall, está afirmando su persona, su personilla principiante, frente al paisaje marino, por virtud de la palabra. Está plantándose frente al mar, y diciéndole: “Tú eres el mar, yo soy una niña que te lo llamo”. Está pues cobrando conciencia de su ser en el mundo, frente a las demás cosas. El psicólogo francés Henri Delacroix, ha escrito lo siguiente sobre el valor del lenguaje para la formación de la conciencia humana: “Al hablar el hombre deja de ser una cosa entre las cosas, se coloca fuera de ellas, para percibir las como tales cosas, y operar por medios que él inventa; esto supone la constitución de un mundo de objetos y la percepción de sus relaciones, supone un acto mental, un juicio creador de los objetos”. El lenguaje es necesario al pensamiento. Le permite cobrar conciencia de sí mismo. Y así se construye el objeto, en respuesta a la expectación del espíritu. El pensamiento hace el lenguaje y al mismo tiempo se hace lenguaje. Este es el papel valiosísimo del idioma como un momento de constituirse las cosas por el espíritu. “Una lengua, dice Delacroix, es uno de los instrumentos espirituales que transforman el mundo caótico de las sensaciones en un mundo de objetos y de representaciones”. El pensamiento se orienta hacia el lenguaje como hacia el instrumento universal de la inteligencia. La afortunada metáfora de Delacroix nos dice que el lenguaje está delante del pensar humano que quiere expresarse, como un teclado verbal. Todo el mecanismo del lenguaje se le brinda, como al músico el teclado del piano, para exteriorizar lo que siente su alma. Permítanme ustedes que me sirva de esta imagen, para insistir en la importancia incalculable de conocer el propio lenguaje. ¿Qué haría frente al teclado de un piano, una persona que conociese sólo los rudimentos de la música? Sacarle algunos sonidos mecánicamente, sin personalizarse en ellos, la tocata de todos; en cambio el buen conocedor de las teclas, de sus recursos inagotables, las hará cantar músicas nuevas, con acento propio. Así el hombre frente al lenguaje: todos lo usamos, sí, todos tenemos un cierto saber de este prodigioso teclado verbal. Pero sentiremos mejor lo que sentimos, pensamos mejor lo que pensamos, cuanto más profunda y delicadamente conozcamos sus fuerzas, sus primores, sus infinitas aptitudes para expresarnos. La idea esencial, para lo que solicito

la atención de ustedes con todas las palabras anteriores, la formuló ya el filólogo alemán von der Gabelentz de este modo: “La lengua no sirve solamente al hombre para expresar alguna cosa, sino también para expresarse a sí mismo”.

El hombre se posee en la medida que posee su lengua

No habrá ser humano completo, es decir, que se conozca y se dé a conocer, sin un grado avanzado de posesión de su lengua. Porque el individuo se posee a sí mismo, se conoce, expresando lo que lleva dentro, y esa expresión sólo se cumple por el medio del lenguaje. Ya Lazarus y Steinthal, filólogos germanos, vieron que el espíritu es lenguaje y se hace por el lenguaje. Hablar es comprender y comprenderse, es construirse a sí mismo y construir el mundo. A medida que se desenvuelve este razonamiento, y se advierte esa fuerza extraordinaria del lenguaje en modelar nuestra misma persona, en formarnos, se aprecia la enorme responsabilidad de una sociedad humana que deja al individuo en estado de incultura lingüística. En realidad el hombre que no conoce su lengua, vive pobremente, vive a medias, aún menos. ¿No nos causa pena, a veces, oír hablar a alguien, que pugna, en vano, por dar con las palabras, que al querer explicarse, es decir expresarse, vivirse, ante nosotros, avanza a trompicones, dándose golpazos, de impropiedad en impropiedad, y sólo entrega al final una deforme semejanza de lo que hubiese querido decirnos? Esa persona sufre como de una rebaja de su dignidad humana. No nos hiere su deficiencia por vanas razones de bien hablar, por ausencia de formas bellas, por torpeza técnica, no. Nos duele mucho más adentro, nos duele en lo humano; porque ese hombre, denota con sus tanteos, sus empujones a ciegas por las nieblas de su oscura conciencia de la lengua, que no llega a ser completamente, que no vive por entero; no sabe encontrarse, y no sabremos nosotros encontrarlo. Hay muchos, muchísimos inválidos del habla, hay muchos cojos, mancos, tullidos, de la expresión. Una de las mayores penas que conozco es la de encontrarme con un mozo joven, fuerte, ágil, curtido en los ejercicios **gimnásticos**, dueño de su cuerpo, pero que cuando llega al instante de contar algo, de explicar algo, se transforma de pronto en un baldado espiritual, incapaz casi de moverse entre sus pensamientos; ser precisamente contrario, en el ejercicio de las potencias de su alma, a lo que es en el uso de las fuerzas de su cuerpo. Podrán aquí salirme al camino los defensores de lo inefable, con su cuento de que lo más hermoso del alma se expresa sin palabras. No lo sé. Me aconsejo a mí mismo una cierta precaución ante eso de lo inefable. Puede existir lo más hermoso de un alma, sin palabras, acaso. Pero no llegará a

Boletín de la Academia Costarricense de la Lengua

tomar forma humana completa, es decir convivida, consentida, comprendida con los demás”. Recuerdo unos versos de Shakespeare, en *The Merchant of Venice*, que ilustran su paradoja de lo inefable:

Madam, you have bereft me of all my words.
Only my blood speaks to you in my veins.

Es decir, la visión de la hermosura le ha hecho perder el habla, lo que en él habla desde dentro es el ardor de su sangre en las venas. Todo está muy bien, pero hay una circunstancia que no debemos olvidar, y es que el personaje nos cuenta que no tiene palabras, por medio de las palabras, y que sólo porque las tiene sabemos que no las tiene. Hasta lo inefable lleva nombre: necesita llamarse lo inefable. No. El ser humano es inseparable de su lenguaje. El viejo consejo de Píndaro, “Sé lo que eres”, el más reciente de Goethe: “Sepamos descubrir, aprovechar lo que la naturaleza ha querido hacer de nosotros, lo que ha puesto de mejor en nosotros”, pueden cumplirse tan sólo por la posesión del lenguaje. El alma humana es misteriosa y, en todos nosotros, se recata entre sombras. Es lo que Unamuno ha llamado el secreto de la vida, de nuestra propia vida. Y el lenguaje nos sirve de método de exploración interior, ya hablemos con nosotros mismos o con los demás, de luz, con la que vamos iluminando nuestros senos oscuros, aclarándose más y más, esto es, cumpliendo ese deber de nuestro destino de conocer lo mejor que somos, tantas veces callado en escondrijos aun sin habla de la persona. La palabra es espíritu, no materia, y el lenguaje en su función más trascendental, no es técnica de comunicación, hablar de lonja; es liberación del hombre, es reconocimiento y posesión de su alma, de su ser. “¡Pobrecito!” dicen los mayores, cuando ven a un niño que llora y se queja de un dolor, sin poder precisarlo. “No sabe dónde le duele”. Esto no es rigurosamente exacto. Pero ¡qué hermoso! Hombre que malconozca su idioma, no sabrá, cuando sea mayor, dónde le duele, ni dónde se alegra. Los supremos conocedores del lenguaje, los que lo recrean, los poetas, pueden definirse como los seres que saben decir mejor que nadie dónde les duele.

NUEVAS NORMAS DE PROSODIA Y ORTOGRAFIA

(Para mayor divulgación se publican por segunda vez estas Nuevas Normas)

Nuevo texto definitivo ()*

- 1ª—Cuando el Diccionario autorice dos formas de acentuación de una palabra, se incluirán ambas en un mismo artículo, separadas por la conjunción o: *quiromancia o quiromancia*. (Actualmente la segunda forma aparece entre corchetes).
- 2ª—La forma colocada en primer lugar se considera la más corriente en el uso actual, pero ha de entenderse que la segunda es tan autorizada y correcta como la primera.
- 3ª—Respecto de las formas dobles incluídas por primera vez en la edición XVIII del Diccionario (1956), el orden de preferencia adoptado se invertirá en los casos siguientes:

pentagrama / pentágrama
reuma / reúma

- 4ª—Se autoriza la simplificación de los grupos iniciales de consonantes en las palabras que empiezan con *ps-*, *mn-*, *gn-*: *sicología*, *nemotecnia*, *nomo*. Las formas tradicionales, *psicología*, *mnemotecnia*, *gnomo* se conservan en el Diccionario y en ellas se da la definición correspondiente.

(*) El Excmo. Sr. Secretario Perpetuo de la Real Academia Española, D. Julio Casares, encargado por el señor Director de presentar a esa Corporación un informe sobre el resultado de la consulta hecha a las Academias Correspondientes acerca de las *Nuevas Normas de Prosodia y Ortografía* y de proponer las conclusiones que de ese resultado se deriven, cumplió su cometido y este informe obtuvo la aprobación de la Real Academia, por unanimidad, en la junta de 17 de diciembre de 1958. Párrafos de dicho informe son los siguientes:

“Las Academias que han evacuado debidamente la consulta mediante un dictamen corporativo son las siguientes: Colombiana, Ecuatoriana, Mejicana, Chilena y Costarricense. En total cinco sobre veinte consultadas”.

“Es ciertamente poco satisfactorio que las quince Academias restantes se hayan de tener por conformes con las disposiciones de las *Nuevas Normas* sólo en virtud de no haber contestado la consulta; pero así lo previenen expresamente los acuerdos del II Congreso arriba citado”. (Nota de la Comisión Editora del presente *Boletín*).

- 5^a—Se autoriza el empleo de las formas contractas *reemplazo*, *reemplazar*, *rembolso*, *rembolsoar*, que se remiten en el Diccionario a las formas con doble *e*.
- 6^a—Cuando un vocablo simple entre a formar parte de un compuesto como primer complemento del mismo, se escribirá sin el acento ortográfico que como simple le habría correspondido: *decimoséptimo*, *asimismo*, *rioplatense*, *piamadre*.
- 7^a—Se exceptúan de esta regla los adverbios en *-mente*, porque en ellos se dan realmente dos acentos prosódicos, uno en el adjetivo y otro en el nombre *mente*. La pronunciación de estos con un solo acento, es decir, como voces llanas, ha de tenerse por incorrecta. Se pronunciará, pues, y se escribirá el adverbio marcando en el adjetivo el acento que debiera llevar como simple: *ágilmente*, *cortésmente*, *licitamente*.
- 8^a—Los compuestos de verbo con enclítico más complemento (tipo *sa-belotodo*) se escribirán sin el acento que solía ponerse en el verbo.
- 9^a—En los compuestos de dos o más adjetivos unidos con guión, cada elemento conservará su acentuación prosódica y la ortografía si le correspondiere: *hispano-belga*, *anglo-soviético*, *cántabro-astur*, *histórico-crítico-bibliográfico*.
- 10^a—Los infinitivos en *-uir* seguirán escribiéndose sin tilde como hasta hoy.
- 11^a—Sin derogar la regla que atribuye al verbo *inmiscuir* la conjugación regular, se autorizarán las formas con *y* (*inmiscuyo*) por analogía con todos los verbos terminados en *-uir*.
- 12^a—Se establecerán como normas generales de acentuación las siguientes:
- a) El encuentro de vocal fuerte tónica con débil átona, o de débil átona con fuerte tónica, forma siempre diptongo, y la acentuación gráfica de éste, cuando sea necesaria, se hará con arreglo a lo dispuesto en el núm. 539, letra *e*, de la *Gramática*.
 - b) El encuentro de fuerte átona con débil tónica, o de débil tónica con fuerte átona, no forma diptongo, y la vocal débil llevará acento ortográfico sea cualquiera la sílaba en que se halle.

Boletín de la Academia Costarricense de la Lengua

- 13^a—La combinación *ui* se considerará, para la práctica de la escritura, como diptongo en todos los casos. Sólo llevará acento ortográfico cuando lo pida el apartado *e* del número 539 de la *Gramática*; y el acento se marcará como allí se indica, en la segunda de los débiles, es decir, en la *i*: *casuístico*, *benjuí*; pero *casuista*, voz llana, se escribirá sin tilde.
- 14^a—Los vocablos agudos terminados en *-ay*, *-ey*, *-oy*, *-uy*, se escribirán sin tilde: *taray*, *virrey*, *convoy*, *magüey*, *Uruguay*.
- 15^a—Los monosílabos *fue*, *fui*, *dio*, *vio*, se escribirán sin tilde.
- 16^a—Los pronombres *éste*, *ése*, *aqué*, con sus femeninos y plurales, llevarán normalmente tilde, pero será lícito prescindir de ella cuando no exista riesgo de anfibología.
- 17^a—La partícula *aun* llevará tilde (*aún*) y se pronunciará como bisílaba cuando pueda sustituirse por *todavía* sin alterar el sentido de la frase: *aún está enfermo*; *esta enfermo aún*. En los demás casos, es decir, con el significado de *hasta*, *también*, *inclusive* (o *siquiera*, con negación), se escribirá sin tilde: *aun los sordos han de oírme*; *ni hizo nada por él ni aun lo intentó*.
- 18^a—La palabra *solo*, en función adverbial, podrá llevar acento ortográfico si con ello se ha de evitar una anfibología.
- 19^a—Se suprimirá la tilde en *Feijoo*, *Campoo* y demás paroxítonas terminadas en *oo*.
- 20^a—Los nombres propios extranjeros se escribirán, en general, sin ponerles ningún acento que no tengan en el idioma a que pertenecen; pero podrán acentuarse a la española cuando lo permitan su pronunciación y grafía originales. Si se trata de nombres geográficos ya incorporados a nuestra lengua o adaptados a su fonética, tales nombres no se han de considerar extranjeros y habrán de acentuarse gráficamente de conformidad con las reglas generales.
- 21^a—El uso de la diéresis sólo será preceptivo para indicar que ha de pronunciarse la *u* en las combinaciones *gue*, *gui*: *pingüe*, *pingüino*. Queda a salvo el uso discrecional de este signo cuando, por licencia poética o con otro propósito, interese indicar una pronunciación determinada.

- 22ª—Cuando los gentilicios de dos pueblos o territorios formen un compuesto aplicable a una tercera entidad geográfica o política en la que se han fundido los caracteres de ambos pueblos o territorios, dicho compuesto se escribirá sin separación de sus elementos: *hispanoamericano*, *checoslovaco*. En los demás casos, es decir, cuando no hay fusión, sino oposición o contraste entre los elementos componentes, se unirán éstos con guión: *franco-prusiano*, *germano-soviético*.
- 23ª—Los compuestos de nueva formación en que entren dos adjetivos, el primero de los cuales conserva invariable la terminación masculina singular, mientras el segundo concuerda en género y número con el nombre correspondiente, se escribirán uniendo con guión dichos adjetivos: *tratado teórico-práctico*, *lección teórico-práctica*, *cuerpos técnico-administrativos*.
- 24ª—Las reglas que establece la *Gramática* (núm. 553, párrafos 1º a 8º) referentes a la división de palabras, se modificarán de este modo:

A continuación del párrafo Iº se insertará la cláusula siguiente. “Esto no obstante, cuando un compuesto sea claramente analizable como formado de palabras que por sí solas tienen uso en la lengua, o de una de estas palabras y un prefijo, será potestativo dividir el compuesto separando sus componentes, aunque no coincida la división con el silabeo del compuesto”. Así, podrá dividirse *no-sotros* o *nos-otros*, *de-samparo* o *des-amparo*.

En lugar de los párrafos 4º y 5º, que se suprimen, se intercalará uno nuevo: “Cuando al dividir una palabra por sus sílabas haya de quedar en principio de línea una *h* precedida de consonante, se dejará ésta al fin del renglón anterior y se comenzará el siguiente con la *h*: *al-haraca*, *in-humación*, *clor-hidrato*, *des-hidratar*”.

Los párrafos 6º y 7º continuarán en vigor.

El párrafo 8º se sustituirá por las reglas para el uso del guión contenidas en estas *Normas* (22º y 23).

- 25ª—Se declara que la *h* muda colocada entre dos vocales no impide que éstas formen diptongo: *de-sahu-cio*, *sahu-me-rio*. En consecuencia, cuando alguna de dichas vocales, por virtud de la regla general, haya de ir acentuada se pondrá el acento ortográfico como si no existiese la *h*: *vahído*, *búho*, *rehúso*.

FE DE ERRATAS

En el No. 3 del presente Boletín
(Discurso de D. Alejandro Aguilar Machado)

página 4, líneas 37 y 38, léase:

no sin dejar en olvido los innúmeros debates del más temido y temible de los polemistas, en quien hubo de admirar el poeta Chocano al más auténtico escritor político nuestro.

página 5, líneas 23 y 24, léase:

al impulso pasional del romanticismo, con todo el esplendor de sus recursos hubieron de ensanchar,...

página 6, línea 18, léase:

se conjugan dos ingredientes: el fuerte y a veces soberbio...